

COSAS DE
LA TIERRA

INDIA

Por JOSE RAMON LUNA

LAS FOGATAS DE JUNIO

Eramos chicos, los dos nietos varones de mi abuelo: Jesús y yo. Y andábamos una noche de junio por los cerros de Cañamarca. Desde el Alto, sobre lo que era entonces camino de herradura y es hoy la hermosa cuesta del Portezuelo, veíamos a la ciudad apenas como un resplandor, al pie del Ambato. Un resplandor semejante al que irradian las últimas brasas que van despenándose del fuego bajo una sábana de traslúcido rescoldo.

Más arriba, en las primeras estribaciones del Ambato, parecían estrellas rojas los fuegos encendidos. Eran tres o cuatro. Distantes entre sí. Como si el cerro se adornara con esas réplicas de estrellas en aquella noche fresca del mes de junio.

El abuelo se detuvo para mirar a la montaña que se alzaba frente a la nuestra, como una poderosa sombra nocturna, apenas recortada del cielo por las ya murientes luces del crepúsculo. Y en la montaña, los fuegos.

El abuelo, como saliendo de un sueño, pareció despertar con un recuerdo:

—Cierto que hoy día está entrando el invierno...

—¿Entonces hacen fuego allá arriba para calentarse?

—No, m'hijito... Pa que el Sol no se vaya...

Jesús y yo, no entendimos nada. Nos costaba preguntar. El abuelo, entonces, decidió explicarnos:

—Los "antiguas" —llamaba "antiguas" a los hombres anteriores a la conquista— eran gente muy sabedora de las cosas del cielo. Mucho más que los que llegaron después y prometían el cielo a los que querían seguirlos. Los de antes, de tanto mirar al cielo, le conocían la costumbre. Le conocían las andanzas a la Luna y hasta los caprichos del Sol. Las estrellas, hasta las más chiquitas, que apenas se vislumbran como chispitas que se están muriendo, le decían cosas de lo que había pasado y de las que tenían que venir. El Sol, tatay supremo de todas las cosas que hay sobre la tierra, gobierna las cosas del cielo, como el pastor hace con su majada. Tanto tiempo ha pasado, que la majada es obediente y ya sabe lo que ha de hacer... Bueno, para estos días de cada año, el Sol hace como que quiere irse. Cuánta, muy cuánta, cuando los Incas eran dueños de todos estos lugares, el Sol era Dios. Claro que lo sigue siendo, pero yo digo, no más... Y el Sol cuando llegaba este tiempo, se alejaba de la tierra, como queriéndole quitar su protección. Entonces era cuando se hacían las grandes fiestas del fuego. En los lugares más altos de todo el territorio, se encendían grandes fogatas para atraer al Sol. Para demostrarle que aquí sobre esta cáscara terrestre, estaba presente su espíritu de luz y de calor. Su fuerte espíritu que lleva en sí la vida y la muerte. Que crea y que destruye. Que nutre y que deshace. Los fuegos ardían en las montañas al punto de que cada cerro era como una antorcha, para que el Sol, viéndose reflejado, regresara...

Y de ahí también que las gentes de ahora hacen las fogatas, que caen para el día de San Juan. Pero no es cosa que trujeran los dueños del cielo, sino cosas de los que aquí queremos a Tata Inti, como le llamaban al Sol...

Seguimos andando por el estrecho camino que bordea como una ceja los altos precipicios. Y allá lejos, los últimos indios llamaban al Sol desde la pasión encendida de sus fogatas...

LEA

DEMOCRACIA

● UN DIARIO
AGIL,
VIBRANTE,
MODERNO

UNICO

A 3

COLORES

PIDALO A SU CANILLITA

gia, salí parado con la bandera y el cabestro en la mano.

"Al otro día, en el corral de palo a pique del Museo, la madrina alumbró un machito overo, que lo bauticé «Milagro».

"La otra ocurrió en plaza de Mayo, el diecisiete de agosto de mil novecientos cuarenta y dos. Montaba un redomón oscuro, medio chúcaro todavía, como abanderado al frente de la columna gaucha que rendía homenaje a la memoria de San Martín en el día de su muerte. A su cuadril, custodiaban el pabellón dos criollos de ley: mis grandes amigos, el manco José Luis Giribone, falto de un brazo, y el rengo Manuel Cania, que con una pierna menos, impulsado por su patriotismo, quiso también montar y desfilar.

"Al frente teníamos el palco oficial, con las altas autoridades; más allá la Catedral, la Casa de Gobierno y, detrás, el Cabildo. ¡Tres de la tarde! Suenan el clarín anunciando la hora en que el Padre de la Patria pasa a la inmortalidad. Se arremolina la gente, en un estremecimiento de emoción popular.

"Una bicicleta se mete entre los garrones de mi pingo, éste pega un salto y dos patadas que felizmente zumbaron en el aire.

Y yo, al sujetarlo con brusquedad, animal nuevo, blando de boca, en un abalanzo se me bolió.

"Y, como llovido del cielo, a pesar de estar emponchado, con lazo en el anca y espuelas, caí parado con la bandera y el cabestro en la mano, teniendo que pedirle a la gente que no aplaudiera para poder enorquetármele al oscuro que, enloquecido al golpeteo de las palmas, se había puesto muy ligero de montar.

"Le narraba una vez estas incidencias a monseñor D'Andrea y me dijo: "Amigo Rocca: los misterios que guardan las fuerzas espirituales de las virtudes, hacen su providencia cuando llega la ocasión. ¡Dios no quiso revolver por el suelo al «gaucho» que usted encarna con tanto fervor, porque ese arquetipo de nuestra argentinidad estuvo y estará siempre de pie para defender la Patria!"

LA QUERENCIA (CANCION)

Por pastorearte al ñudo
en tu rancho un día,
ensiyé un amor.
Y aura no puedo apearme
porque ha mordido el freno,
rumbo a la querencia
de tu corazón.

En el campo parejo
de las ilusiones,
juye desbocao.
Si rodaron las jurias,
qué me importa, canejo,
si al querer de tu alma,
voy apadrinao.

Con pilchas de cariño,
mi corrión de amores,
ansioso cinché.
Y añudé en la asidera
para aguantar cimbrones,
de esperanza el lazo
que te revolí.

Y chirriándote a besos
te ataré al palenque
de mi gaucho amor.
Pa que el ombú de mi alma
te dé sombras y trinos
en lamentos pampas
de tu domador.

Letra y música de:
SANTIAGO H. ROCCA

COSAS DE LA TIERRA

INDIA

POR JOSE RAMON LUNA

COMO NACIO LA FLOR DE IRUPE

La Luna —siempre interviene la Luna en las leyendas de los pueblos primitivos— era cuando nevaba su luz sobre las selvas, un hombre joven, hermoso y fuerte que buscaba vírgenes a las que disolvía en sus rayos para eternizarlas luego en forma de estrellas para que lo acompañaran en sus largas recorridas por el cielo.

Muchas eran las muchachas indias que soñaban con el amor del pálido viajero del espacio. Una de ellas, cuya belleza era tal que ningún hombre de la comarca merecía poseerla, había resuelto ganar la eternidad luego del abrazo luminoso de la Luna.

Era una noche silenciosa como pocas. Los rumores de la selva, no se oían. Ni el conversado fru-fru de las

hojas batiéndose entre sí bajo los amagos del viento; ni el gemir de las ramas que se rozan, ni la sutil voz del agua parlotando en los arroyos. La Luna, era un manantial luminoso que empolvaba la noche. La quietud de los árboles, parecía más quieta bajo la sábana de luz que los cubría.

Por un camino de la selva, hecha ruta por el sigiloso andar de los jaguares o la desbocada fuga de los gamos y corzuelas, caminaba lentamente la hermosa Morotí. Su rostro vuelto al cielo miraba a la Luna, mientras sus ojos bebían su luz, como tratando de incorporarla al cuerpo, a la sangre y al alma de su dueña.

Así andando, entró en el bosque y al rato, bajando la mirada, vio la Luna a sus pies. Era que un lago quieto y dormido, reflejaba con claridad de espejo, a la Reina de la Noche.

Morotí, sorprendida, se quedó mirando y entendió que la Luna había descendido a tierra para entregársela y hacerla suya. Ahora sí que su cuerpo se transformaría en luz y tendría entonces el privilegio de enarbolar su espíritu en el cielo. Desde allí vería a su mundo, ese mundo que nunca la comprendió porque nunca había llegado a merecerla.

Morotí camina hacia la luna. Penetra en las aguas del lago y se sumerge en él. Nunca más volvió a la superficie. Al día siguiente, cuando el Sol abrió los densos velos de la noche, sobre el lago flotaba una flor extraña: redonda y blanda como la Luna, con todo su frente mirando al cielo.

Es Irupé, es la hermosa Morotí, que hizo suya a la Luna y que en sus pétalos blancos esconde la luz que ha recibido. Y en sus pétalos rojos recuerda su propia sangre, cuya fuerza total supo amar a la pálida viajera de los cielos...



INDIA

leyenda de las

CATARATAS DEL IGUAZU

Todo en la naturaleza, para la mitología indígena, es obra del amor. Del amor y del dolor, porque nunca andan ellos separados, como que son la esencia de la vida misma.

Las cataratas del Iguazú, ese rabioso derumbe de las aguas desde altos barrancos de piedra, también han nacido del amor y del dolor. Del amor, son testigos las flores que, en primavera y en verano encrestan la audaz vegetación que emerge en aquellas grietas de la piedra donde no alcanzaron las limaduras del agua. Del dolor, es muestra permanente el rugido de las cataratas, que a leguas de distancia ya se percibe como si un trueno estuviera naciendo en las entrañas de la tierra. Así lo percibieron los fatigados hombres de Alvar Núñez Cabeza de Vaca cuando se acercaban al Paraná desde el Oriente, por tierras hoy brasileñas, en busca del oro prometido. De tanto andar rastreando ese oro, esos hombres, rudos y ambiciosos un poco sin querer y otro poco por necesidad, fundaron ciudades y fecundaron la tierra. También el vientre de las indias, de donde habría de salir el tipo humano más notable y amigo de la libertad que nació bajo los cielos del mundo: el gaucho.

Caminando en la memoria de las generaciones, ha llegado hasta nosotros la explicación del origen de las cataratas del Iguazú.

Es una hermosa leyenda de amor. Y de dolor. Tan grande el dolor, como grande es el amor, pues tal es la ley de la vida.

Ella era hija de un cacique fuerte, enérgico y despótico. Se llamaba Porá-Sí. Sus ojos grandes y negros se abrían en su rostro como ventanas hacia el misterio. Tenía el pelo undoso y largo, que gustaba adornar con flores de la selva. Boca breve, de sonrisa permanente, estaba diciendo al mundo que vivía en ella la dicha y que la felicidad consistía nada menos que en eso: en vivir. Al mismo tiempo, con estar sobre la tierra, hacía la dicha de quienes la rodeaban. Su cintura flexible era como un tallo que se toma entre los dedos. Gustaba correr por los montes y era amiga de pájaros y corzuelas. Dicen que hasta el yaguareté roneaba dichoso cuando la veía, y que ella solía acariciarle el lomo. Entonces era bueno y dejaba paecer a su vera a los guasú-pucú (ciervos) de la floresta, y andaba delante de Porá-Sí abriéndole camino entre los yerbales más espesos y ahuyentando con sus gruñidos de caldera a los aguará (zorros) y otros animales molestos.

Un día, una tarde, mejor dicho, a la hora en que el sol sufre la anemia del crepúsculo y las nubes lo ocuden empapándose en su sangre luminosa, Porá-Sí había llegado junto a un escarpado barrancón. Y desde ahí veía el espectáculo del sol que bajaba a dormir detrás de la selva. Esta se oscurecía leve-

mente y su matiz de verde alegre con manchas de oro se tornaba verde oscuro y era como si la sombra se alzara desde las raíces humedeciéndolas en su tinta oscura hasta las copas de los gigantescos arrayanes y petiribis.

Porá-Sí andaba soía. Regresaba ya a su oga-tuyá (linda casa) cuando atravesó su camino Guasú, hijo de un cacique enemigo de su padre. Ella tuvo miedo. La enemistad entre los dos caciques era mortal y trataban de causarse mutuamente los mayores daños posibles.

No había tiempo de huir ni de esconderse. Tampoco estaba con ella su amigo el yaguareté. El indio ya estaba a pocos pasos de ella, mirándola con sus sesgados ojos negros que le brillaban como si fueran de plata de cuarepotiti incrustada en un trozo de piedra.

—Porá-Sí...

—Gauasu...

Ese fue el saludo. La voz de él temblaba. La había reconocido, pese a no haberla visto desde cuando sus padres eran amigos. La voz de ella temblaba también. En el fuero íntimo de sus conciencias, los dos lamentaron la enemistad de los padres.

—Acabo de matar a Curé Jhú, que tu padre mandó para buscarte porque Taitá Cuarajhi (Sol) está yéndose a dormir.

—¿Por qué has hecho eso?...

—Me atacó... ¿Ves?

Y le mostró una herida en el costado, que él tapaba con hojas de llantén. Se acercó tanto a mirar la herida y poner la frescura niña de su mano sobre la piel afiebrada, que



el aroma de su pelo subió hasta Guasú. El indio aspiró profundamente, y era como si bebiera a Porá-Sí en su propio aroma.

Así comenzó el amor. Duró varias lunas. Hasta que una tarde los indios del cacique padre de Porá-Sí, los encontraron junto a un barrancón de piedra, en la ceja del monte.

Tenían orden de matar. De matarlos a los dos, si no se separaban.

Las flechas empezaron a caer junto a ellos. Parecía una lluvia sólida y sibilante.

—Huye, escapa, Guasú...

—Si huyo verán que sigo vivo y tu padre te matará.

—No importa, pero sálvate...

El corrió un trecho hasta la arista del barrancón profundo.

—Vuelve a tu casa, Porá-Sí y dile a tu padre que nunca más nos veremos. Sólo cuando Nandeyara (Dios) lo disponga...

Y lanzando un alarido que hizo trepidar el aire, se arrojó al precipicio. Las piedras de la falda del barranco desmenuzaron su cuerpo, y al fondo sólo llegó un pequeño silencio de sangre.

Porá-Sí se negó a volver. Asomada al barranco vio la huella roja. Tuvo intenciones de ir tras él, pero no habría de hallarlo ya.

Quedó llorando junto al barranco. Luego, cuando cayó la noche, anduvo mucho hacia el norte, siempre llorando. Se recostó junto a una piedra y lloró, lloró silenciosamente, hasta que sus lágrimas, mojando la piedra y la tierra, llamaron a las aguas profundas que dormían en el fondo de la tierra. Llegaron éstas para aprender, en las lágrimas de Porá-Sí, lo que es ser puras. Se hizo una vertiente, se hizo un río y, en lágrimas y en agua, se disolvió también Porá-Sí y echó a andar hacia el barranco.

Desde entonces, el barranco sobre el Paraná guarda el bramido de coraje de Guasú, y es el llanto de Porá-Sí quien lo mantiene con sus aguas de dolor eterno. En lo alto de los peñascos arden en luz las flores con que Porá-Sí solía adornar su pelo...

**APRENDA
CORTE Y
CONFECCION
POR CORREO**



CON EL SISTEMA
MÁS FÁCIL
DEL MUNDO

EN SOLO 2 MESES DE ESTUDIO, EN SOLO 1 MES SABIENDO COSTURA HASTA UNA NIÑA PUEDE APRENDER RAPIDAMENTE. BASTA HABER CURSADO EL PRIMER GRADO PARA INTERPRETAR NUESTRO EXCLUSIVO METODO MODERNO Y PRACTICO DE CORTE Y CONFECCION, SIN EL COMPLICADO SISTEMA ANTIGUO DE SEXTAS NI OCTAVAS.

GRATIS

Matrícula de inscripción
1 maniquí de la medida de su talle.
1 corte de género para vestido.
Examen final y DIPLOMA.
Además, todos los elementos de estudio: papel de molde, reglas, lápices, etc.



UN REGALO



escuelas
"HENRIETTE"
DIAGONAL NORTE 1119
BUENOS AIRES

NOMBRE	NOMBRE
DIRECCION	CALLE N°
LOCALIDAD	LOCALIDAD

COSAS DE LA TIERRA

Por JOSE RAMON LUNA

LA LUNA DE LOS MOCOVIES

TODAS las culturas han basado el principio de su ciencia en los elementos naturales. La tierra, con su reiterado milagro de maternidad; el sol, rey de la vida; y el agua, su fecunda mensajera; las estrellas, pupilas vigilantes que cuidan de la vida de los hombres. Y la Luna, pálida luz trasnochada que guarda en sí la magia y el misterio de todo lo femenino.

Los indios mocovies, en este afán primitivo del hombre por explicar el origen de las cosas, cuentan el origen de la Luna. Y siguen mirándola y enterneciéndose con su historia luminosa de amor y de lealtad.

Hubo, allá en los tiempos primeros de la tierra, una hermosa joven a la que todos llamaban por el dulce nombre de Ciraiço.

Ciraiço era pequeña y suave. Cuando caminaba descalza, lo hacía tan levemente que casi no dejaba rastros. Si la ternura tuviera una forma física, era el dibujo de la ternura lo que su pie dejaba en las blandas tierras de su pago. Apenas una mullida ondulación, como el fugaz sueño de un pétalo, detenido un instante en el camino.

Ciraiço fue feliz en su mundo de inocencia. La amaban los pájaros y el aire. Los vientos cálidos le contornearon la cintura y gustaban de enredarse en las piernas, como gatos mimosos. Los vientos fríos, muy escasos y sólo presente en algunas sibilantes noches del invierno, enseñaron a sus pechos a ser firmes. Cuando Ciraiço reía, se alegraba el mundo. Su dicha era plena hasta que llegó para ella la hora del amor. Fue en la persona de Nainic, joven hermoso y fuerte a quien Ipenac, padre de Ciraiço, tenía en gran predicamento. Nainic la había conocido un atardecer, a esa hora en que el aire se queda quieto y mudo para escuchar el coloquio de la tierra, que se arrebujaba en sombras, con el cielo que cae sobre ella como un ala cariñosa.

Cuando el amor se hizo en ella, el andar de la muchacha dejaba en el suelo menos rastro que nunca. Y, en cambio, a él a sus pies se le hacían raíces que bebían en el húmedo y cálido vientre de la tierra.

El viejo cacique Ipenac dio su consentimiento para el matrimonio de los jóvenes. Una orquesta de pájaros entoldó el cielo de canciones. En las blancas raíces de los sauces, cuerdas para el arpa del arroyo, las aguas ensayaron limpias rondas nupciales.

Hasta que un día la guerra a los toldos de Ipenac. Un cacique enemigo que había oído hablar de la dicha que tenía Ipenac, creyendo que la dicha era cosa que podía robarse como una bolsa de oro.

Los enemigos, al mando del cacique Icolcatá, entraron de sorpresa en la

INDIA



toldería de Ipenac. Nainic, el esposo de Ciraiço, se batió como un héroe. Pero, vencido por el número, cayó herido de muerte. La noche había cerrado los ojos para no ver tanto dolor y tan espantosa tragedia. Muerto Nainic, su esposa Ciraiço fue hecha prisionera. El brujo de la tribu había dicho que en ella estaba personificada la tan envidiada dicha de Ipenac. Era así, es cierto, pero que la dicha estuviera en ella, habrían de estar a su lado Nainic e Ipenac.

El siniestro cacique vencedor quiso que Ciraiço fuera su esposa. Pero ella había jurado sobre su esposo muerto que jamás volvería a pertenecer a hombre alguno. Su negativa fue terminante. De nada valieron los consejos de las mujeres de la tribu ni las súplicas del vencedor. Despechado, entonces, una noche el torvo Icolcatá quiso tomarla por la fuerza. Era una noche densa, cálida.

Icolcatá fue hasta el toldo de Ciraiço y la tomó entre sus brazos. Ella se debatió un instante. Ya casi sin fuerzas invocó a Cotás, el poderoso hacedor de las cosas del cielo y de la tierra.

El indio sintió que abrazaba cada vez menos... Hasta que se sorprendió de hallarse abrazado a un resplandor de pálida luz celeste.

El resplandor fue escapándose de entre sus manos crispadas y subiendo como una columna de humo. Subió hasta la copa de los árboles más altos, y mientras iba hacia arriba, su luz se hacía más dulce, como si se personara, y las cosas que tocaba se tornaban pálidas. Una vez en lo más alto, más arriba de las montañas, fue ya una quieta forma redonda y luminosa.

Y así, Cotás hizo la luna. De un puro amor y de una honda pena. Y así también Piguem, el cielo, tuvo una presencia más que lo adornara, que crece y rejuvenece, que se achica y contrista, como la propia vida de los hombres de quienes nació, a quienes amó y por quienes seguirá siendo amada hasta la eternidad.

Cosas de la Tierra

LA LEYENDA DEL CRISPIN

INDIA

Allá lejos, los cerros aquietan su rebelión de piedra y se emponchan de azul casi violeta. Detrás de ellos, hacia el Oeste, el sol funda su quemazón en oro y sangre. Ya está de rodillas la tarde y las primeras sombras alzan desde la tierra una neblina negra, rayada apenas por los trazos fugaces y celestes de los tucu-tucus.

El tum tum de los bombos pone su pulso bárbaro al crepúsculo. Una quena se lamenta desde un abra. La quena es solitaria, siempre. La melancolía de su voz se oye, no directamente por los oídos, sino por el estremecimiento íntimo que produce en la piel y en los huesos. Penetra en ellos y les comunica el mensaje permanente que hay en su llorar.

Los pinkullos tiritan junto a los bombos sus silbos alegres como si ellos cantaran cien pájaros acollardados. De cuando en cuando el grito del amor cumplido se oye, distante. Los que acaban de engendrarlo no se ven. Es que los cobija, todavía, como una empolladura, la abuela sombra cómplice de los algarrobos.

Hasta allí ha llegado en la tarde media aldea indígena. Vino acompañando la marcha con el grito desesperado del "¡Inti, rupas tian!" (¡El sol está quemando!) con que avisan a Pachacamas que en el valle está haciendo falta el agua.

Los algarrobos, cargados de vainas doradas o moradas, son ubres nutricias para los buenos calchaquies. Alguna vertiente escualida les da agua apenas suficiente para llenar los virques donde fermentará la algarroba machacada. Y al cabo de dos soles, el agua inocente, mezclada con la añapa, se hará zumo diabólico en la sangre de los indios.

Las mujeres, en los morteros, muelen la algarroba hasta convertirla en una pasta dorada que luego echan en las tinajas. Lo hacen silenciosas, canturreando algunas en voz muy queda. De vez en cuando llega a ellas, sutil, un requerimiento de amor. Lo aceptan, o no. Si es por sí, un mortero queda desatendido, y las sombras del monte se bendicen con el rito eterno de la vida.

A la luz de las teas, el baile ya está armado. Arrinconado en una peña a la que apenas llegan los rumores del baile, un viejo evoca en la quena los lejanos lugares nativos, allá, hacia los rumbos del incario.

En el baile, una joven es como la estrella de la fiesta. Cori, la llaman, porque tiene el pelo color del bronce viejo. Los ojos tienen alegres reflejos gris verdoso. Tiene los pies ágiles, como peces. Y la sonrisa lleva al mismo tiempo luz y música.

Vino a la fiesta porque la alegría le anda en las venas como arroyos musicales. Sus hombros, redondos, armoniosos y breves, son la réplica de sus senos.



Escribe
JOSE RAMON LUNA

En sus caderas breves, parece que se meciera la infancia de la eternidad.

Vino con su madre, que la cuidará de la traición de la alegría. Pues la joven es casada. Su marido, Chochhué Crespín, ha quedado enfermo en el huete. La dejó ir a la fiesta de la chaya porque ella es la encargada de propiciar, con el cristal vivo de su voz, a la Pachamama, y hasta de neutralizar en sus compañeros las penurias del "Inti, rupas tian",...

Se baila, casi hasta perder el sentido. Los bombos moldean el aire con sus sonos redondos. Los pinkullos acicatean a los bailarines. Y ya nada les dice aquella lejana quena, especie de voz experimentada en que llega el lamento eterno, el lamento tremendo que es a fin de cuentas la síntesis sonora de la vida. El eco de las alegrías. Y la conjugación de todos los llantos de la tierra.

Ellos, viven ahora el presente. Cori, baila, baila, baila. Crea ya sus danzas y en ellas interpreta la dichosa euforia de vivir. Dice en su baile la satisfacción de vivir. Refleja en los pasos de la danza la alegría que su sola presencia comunica a quienes

la rodean. Sus piernas ágiles, dibujan en el aire los perfiles de la dicha musical que están silbando los pinkullos. En sus manos, se detiene el tiempo. Alelean y revuelan, y hasta la brisa se detiene para enredarse en ellas. Las estrellas querrian venir a posarse en la punta de sus dedos. El sol que lleva por dentro le alumbró en las pupilas.

Baila, baila, baila...

De pronto, alguien llega, y rompiendo el círculo que la rodea se detiene frente a la muchacha. Con un gesto, hace parar la danza. Se inclina y le habla al oído. Callan los pinkullos. Cesan los bombos su jipar de trueno. El silencio cae como una sombra viscosa desde el ramaje de los algarrobos quietos.

El recién llegado es un mensajero de la muerte. Acaba de decir al oído de Cori:

—Tu marido no puede venir porque ha muerto. Se ha ido con el día...

Tiemblan las manos de ella, que se habían quedado alzadas. Su boca se estremece. Pero en vez de un gemido de su boca, y en lugar de un engarfiado gesto de sus manos, éstas se abren en ademán de aliento y de sus labios surge alegremente un grito:

—¡Siga la música! ¡Para llorar es tiempo!...

Aprovechando el momento de quietud, alza y bebe otro jarro de aloja, que ya está tibia de fuerzas dentro de la tinaja.

Hay todavía un espacio de silencio. Es el que hacen todos, sobrecogidos por la noticia, y también por el grito casi demencial de la joven.

Ese resquicio de silencio, deja escuchar como llega, desde lejos, el lloro de la quena, síntesis del dolor eterno, resumen musical del dolor humano.

Los pinkullos apagan la voz de la quena, y los bombos lo clavan de nuevo en las tinieblas, hermanos de la roca.

Cori, sigue la danza. Vuelve la risa a su rostro y el sol retorna a la luz de sus ojos.

Los hombres, uno y otro toman su cintura. Es incansable. Gira, gira, ríe y ríe...

La noche está cansada, pero ella, no. Alza los ojos y se que sus manos se recortan como alas en vuelo sobre el amarillento blancor del cielo. Es que está llegando el alba.

Baja las manos. Cierra los ojos. Detiene las piernas. Silencia su voz. Queda un rato así, transida, y luego, con los ojos desmesurados de espanto, fijos en las primeras lumbres del nuevo día, echa a correr, con un grito desesperado:

—¡Crespín!... ¡Cochué!... ¡Cochué!... Crespín!... ¡Crespín!...

Corre y corre hacia el día nuevo, como si quisiera encontrarlo en la lejana hilería de monte sobre el que parece estar alzándose.

—¡Crespín!... ¡Cochué!...

Nadie volvió a verla. Nunca más. Pero al alba siguiente, en el velatorio de Chochhué Crespín, impuso silencio a los lamentos el extraño grito que venía desde las copas de los árboles:

—Chochué... Crespín...

¡Chirrido o canción?

Sólo era el grito de un pajarito extraño, de plumaje alegre, de ágiles patitas, alas temblorosas como manos femeninas en la danza, ojos enrojecidos por el llanto, cabecita sonora:

—¡Chochué!... ¡Crespín!...

Desde entonces, en las horas de la alborada, por los montes norteños, algarrobales o quebrachales, se oye el llamado que ya será eterno, con el nombre del amado que se fue para siempre, y cuyo nombre era el que ahora está encerrado en el angustioso canto de un pájaro:

—¡Chochué!... ¡Crespín!...

AQUI ESTA EL FOLKLORE

en su 49º año consecutivo

sigue presentando todos los domingos a las 11.05 horas por **L. R. 3 RADIO BELGRANO** un desfile extraordinario con las figuras más destacadas del folklore.

Presencie esta magnífica fiesta de nuestro arte nativo concurrendo con media hora de anticipación al auditorio de Radio Belgrano, Ayacucho y Posadas.

Este mes con la participación estelar de

CARMEN NOGUES
y

RODOLFO OVEJERO

CONDUCE Y ANIMA:

JULIO MARBIZ

LOCUCION COMERCIAL:

VICTORIA NELSON Y
RUBEN H. IBAÑEZ

AUSPICIA:

TERZA S.A.

55 años de limpiada y pujante trayectoria comercial en su mes aniversario.

ES UNA PRODUCCION INTEGRAL DE
IDEAS PUBLICIDAD

Cosas de la tierra

INDIA

CLAVEL DEL AIRE: CASTIDAD DE LA TIERRA

ENTRE las ramas de los árboles más ásperos, en los brazos de los más espinudos cardones, como una desesperada angustia vegetal se aferran las raicillas del clavel del aire. Sus hojas parecen garfios agresivos. Parecen, nomás, porque su materia es débil y sus puntas carvos y agudas no dañan ni a la piel de un niño.

En medio de este nido de aparente fiereza, se levanta una vara florida. Es la flor del aire, o clavel del aire. Cada florecilla enclavada a los costados de la vara, es una obra de arte de Dios. Sus pétalos parecen estar hechos de aire, tan etéreo es su tejido. El perfume, suave, dulcísimo, penetrante, que transmite un gozo virginal y trémulo al corazón del hombre, es lo que podría definirse como un perfume angélico.

Durante las fiestas de la Virgen del Valle de Catamarca, en diciembre, los manojos de clavel del aire —margaritas de la Virgen, le llaman los catamarqueños— alzan su blancura inmaculada y su perfume virgen hacia la Patrona del Valle. Es el más ferviente homenaje que acude a rendirle la naturaleza misma, desde sus sacerdotes seculares: el cardón y el algarrobo.

Todo tiene su origen. La historia que cuenta el del clavel del aire, está difundida en todo el noroeste. Data del tiempo primero del hombre sobre la tierra.

Algunos seres nacieron para perpetuarse en la tierra. Otros, para crear, a costa de sí mismos, las cosas que rodean al hombre.

Seres humanos que se convierten en pájaros, en árboles, en flores o en rocas o simplemente en arroyuelos o vertientes, hay muchos en la mitología india.

La muchacha que dio origen al clavel del aire era como la flor: angélica.

Se llama Shulca, que en quichua quiere decir la menor, la más pequeña de las hijas.

Shulca llegó a la pubertad en estado de candidez. Clara como el agua de las vertientes, que tomaban de sus labios academia de pureza. Sus ojos bendecían lo que miraban. Su cuerpo, armonioso y ágil, tenía la sinuosa elegancia de los felinos y la tibia ternura inocente de las palomas.

Criada a naturaleza plena, era ágil y fuerte. Así la vio por vez primera el indio Atoj, que tenía músculos de roca y de roca también el corazón.

Iba ella siguiendo el curso de una minúscula co-

rriente entre los pastos de la montaña. La corriente serpenteaba, descendiendo sinuosa por entre las piedras. Y arrastraba con ella briznas, pétalos y, al ensancharse en partes, reflejaba el cielo. Y, al angostarse de nuevo, era como si en sus aguas cristalinas estrujara a las nubes que en ella reflejaban su blancura.

Shulca dio un grito de terror al encontrarse de pronto, frente a ella, a Atoj. La sonrisa del indio más bien parecía una amenaza que el deseo de agrandar. Sus manos, con los dedos curvados hacia adelante, amenazaban asir lo que se les pusiera por delante.

Ella quedó un instante paralizada de susto, que más que miedo era sorpresa por lo repentino e inesperado del encuentro con el desconocido. La actitud de éste, la aprestó a la fuga.

Atoj se acerca a ella, lentamente, sin quitarle de encima sus pupilas enrojecidas de repentino deseo. Tiemblan sus manos y tiritan sus músculos y un murmullo sordo, parecido a un gruñido, sale de su garganta.

De pronto alarga el brazo para asirla. Pero Shulca esquiva el golpe. Da un salto hacia atrás y se detiene a mirar al enemigo.



Escribe
JOSE RAMON LUNA

Este salta hacia ella. Pero resbala en un borde de la pequeña corriente y cae. Shulca aprovecha el accidente para escapar. Elástico, el indio se pone de pie y va tras ella. Laviana, ágil, ella gana distancia. El, poderoso, corre tras el relámpago elástico.

Delante de la muchacha se alza un opulento algarrobo. Rugoso y áspero el grueso tallo moreno oscuro. Las ramas, alzándose crispadas como brazos en redondo. Solemne como una catedral, el algarrobo era el árbol más viejo de la comarca. Y parecía ofrecerse, sólido, como el único refugio a la desalada fuga de Shulca.

Llega la muchacha junto al algarrobo. Consigue treparse al tronco y luego a las ramas.

El enardecido Atoj llega también y se sube hasta la primera paica del árbol, ahí donde se bifurcan las dos grandes primeras ramas. Pero la muchacha, como en un vuelo, ha subido más arriba. Colándose como un rayo de luz por lo espeso de la ramazón, consigue asirse de los brazos fuertes y llegar hasta un lugar realmente inaccesible para el perseguidor.

La brevisima tela de algodón que cubria su cuerpo ha ido quedando en girones.

El cuerpo casi desnudo de la muchacha es un cálido fulgor estremecido. Arriba, está como enredado en ese delirio vegetal que es la ramazón del algarrobo.

Flor y fruto a la vez, que acaba de nacerle al árbol, Shulca tiritita allá arriba, de pavor ante el peligro que le llega en foscas gruñidos, en el acezar rabioso del hombre, en los inútiles esfuerzos que hace por llegarse hasta ella.

Se acerca al crepúsculo. Una escolta de nubes pesadas se aglomera como haciendo guardia en los funerales del sol que se desangra.

Oro y púrpura, morado y celeste se entrecambian con hervor de las nubes. El sol se desenvaina por entre los intersticios del nublado y sus últimos destellos iluminan a Shulca, cuyos ojos azorados se iluminan de llanto.

El hombre parece darse por vencido. Baja del árbol. Y como la noche lo aterra, echa un vistazo a su pérdida presa. La amenaza con el puño y le asegura que regresará al día siguiente a buscarla.

La escenografía celestial ya se ha derrumbado tras los cerros. Sin ruido, las sombras salen de los hondos socavones del cosmos para invadir la tierra. Todo está quieto, como un anticipo de esa gimnasia de muerte que es cada noche en los campos del mundo. Cruzan las primeras luciérnagas perforando la oscuridad de la tierra a tiempo que en el cielo se despiertan las primeras estrellas.

Shulca sigue allá, acurrucada, temblosa, como una tibia gota de pavor.

Es tan casta su desnudez entre las ramas, que hasta el viejo algarrobo se ha llenado de ternura.

Cuando entra la noche a abrigarse en las ramas, Shulca siente ahora otro miedo: el miedo al misterio. Teme dormirse y caer desde arriba, arañándose en las ramas y quedar después en el suelo, desmayada a merced del indio que la persigue. Sus pies, apoyados en el brazo de un ramaje, se aferran a él. Tanto, que van convirtiéndose en raíces que toman vida de la savia.

Sus manos van transformándose en las hojas enarrafadas.

Su cuerpo, el aroma de su cuerpo núbil, la tersura de su piel, la delicada textura de su carne, van empuñándose más y más...

El sol del día siguiente anuncia sobre el viejo algarrobo, el primer clavel del aire. Este clavel, que desde entonces y para los siglos de los siglos será la expresión más hermosa y cabal de la castidad de la tierra.

AQUI ESTA EL FOLKLORE

en su 4º año consecutivo

sigue presentando todos los domingos a las 11.05 horas por L. R. 3 RADIO BELGRANO un desfile extraordinario con las figuras más destacadas del folklore.

Presencie esta magnífica fiesta de nuestro arte nativo concurrendo con media hora de anticipación al auditorio de Radio Belgrano, Ayacucho y Posadas.

Este mes con la participación estelar de

CARMEN NOGUES
y
RODOLFO OVEJERO

CONDUCE Y ANIMA:

JULIO MARBIZ

LOCUCION COMERCIAL:

VICTORIA NELSON Y
RUBEN H. IBAÑEZ

AUSPICIA:

TERZA S. A.

55 años de límpida y pujante trayectoria comercial en su mes aniversario.

ES UNA PRODUCCION
INTEGRAL DE
IDEAS PUBLICIDAD

LA HIJA DE LLASTAY

INDIA

ALLA arriba, en las cumbres elevadas donde son una misma cosa la soledad y el silencio, vive Llastay. Es el dueño de todos los animalitos del cerro. Protege al cóndor, viva cruz de plumas que bendice a los cerros desde el cielo. Y protege a la vicuña, tibia zozobra animal, que en vano vive enseñando a las piedras a ser suaves.

Llastay es, después de Pachamama, el dios tutelar de la montaña calchaquí. Mientras Pachamama es la Madre Tierra, creadora de la semilla, fundadora de cosechas, dueña del agua que nutre y alberca del Sol que vivifica, Llastay tiene su paternidad sobre todos los animales montañoses. Desde el más grande al más pequeño. Desde el cóndor, patrón del aire hasta el ulitucú, fervoroso hacedor de catacumbas.

El, vigila sus predios de piedra viva. Pero también baja a los valles y se solaza en los riachos, hablando con los pájaros o dando consejos a vicuñas y guanacos.

Sucede que Llastay tuvo una hija. ¿La tuvo en misteriosos amores con una nube? Pudo ser, tan suave era la muchacha. Tal vez con una estrella, de esas que suelen bajar hasta los cerros a curiosar en las cosas de mundo mortal. Pudo ser también, así era de pura y luminosa la niña. La tuvo tal vez con una pastora de las que andan con su majadita de cabras inaugurando caprichosos senderos en la falda. Quizá, porque la niña era ágil, inocente y tenía fuego en los labios y una chispa de gracia encendida siempre en las pupilas.

Nadie sabía quién era la madre de la hija de Llastay.

El hecho es que, siendo adolescente, ayudaba a su madre en los menesteres del cerro. Vigilaba a sus animales y más de una vez detuvo con un gesto al cazador a punto de disparar su flecha contra un téque o un guasuncho.

Huaccaicha se llamaba la hija de Llastay. Huaccaicha, cuidadora, guardiana.

Solía salir a competirle a la mañana en frescura, gracia y alegría.

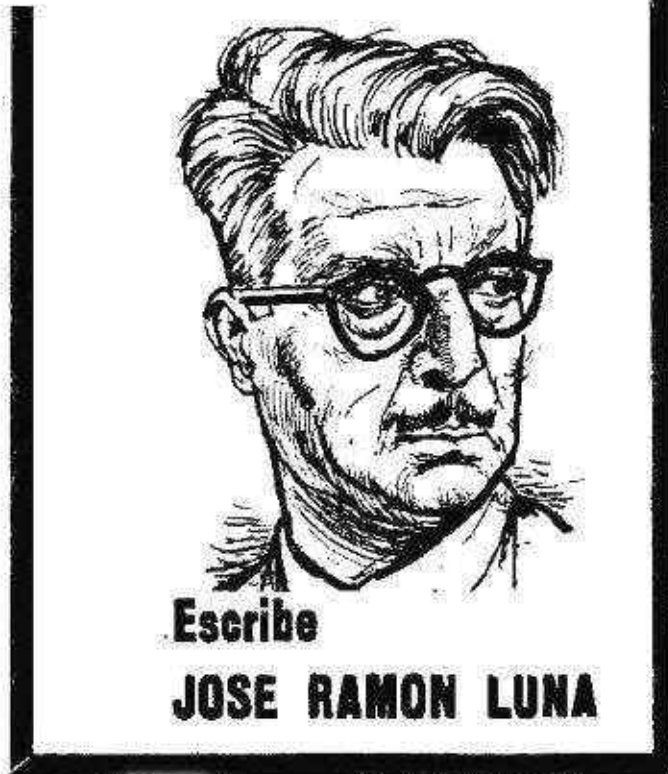
Más que caminar, danzaba. Su voz era a la vez alegre y melancólica, como si en ella se reunieron llanto y risa y música al mismo tiempo.

Tenía una canción para cada animal. A los cóndores los llamaba con una sibilante voz de viento, semejante al silbo que producen las alas en vuelo cuando el tiempo es calmo y es veloz la picada.

A los guanacos solía concitarlos con una canción entrecortada, gutural, dulcísima, que los atraía desde sus erguidos puestos en los picachos. A las vicuñas, les hablaba solamente, porque siempre solían estar a su lado. En invierno, prestándole la tibieza liviana de sus vellones. En verano, fabricándole algodonosas nubes para hacerle sombra.

Las corzuelas se allegaban a comer de su mano hierba que ella recogía junto a las vertientes. Hasta el hirsuto quirquincho venía junto a ella, a la rastra su panche amarillento y feroso, trayéndole en sus ojillos pícaros y en su chiquita como risa de bruja, las novedades de allá abajo. El puma, que sabe ser cazador elástico y profundo, solía allegarse, compungido, llorosos los ojos oblicuos, afeitada su garra mortal, con un inocente rorró tras los cilimillos, verteadores de hemorragias letales.

El zorro le traía una sonrisa como una flor enredada en los bigotes sobre su hocico agudo y perdu-



Escribe JOSE RAMON LUNA

larlo. Antes de llegar hacia largos buches en el agua de la vertientes, para evitar el penetrante aliento a peridiz que solía conocerse desde lejos.

También la visitaba, muy orondo, el corpulento venado serrano, cuya presencia improvisaba un principio de bosque sobre las rocas peladas donde asentaba su segura pezuña. El venado le traía cuentos de antes, cuando el mundo era bueno y cuando su arborescencia frontal era apenas un promontorio leve como un chichón bajo la piel.

El burro salvaje, de largos pelos color casi celeste, iba también a verla y consultaría sobre si era más armonioso el registro áspero y musical de su rebuzno.

Una tarde, en que Huaccaicha estaba escuchando la charla abigarrada de unos loros que habían ido de visita al árbol de sus primos los calaneacatis, vio por primera vez a Hauccha, el Cazador.

Ya tenía mentas de él, a través de las lloradas cuitas que le traían los parientes de los animales muertos por su mano. Muchas veces mataba por matar, nomás. Cargado de cuerambre de vicuñas, sin poder llevar una sola piel más, se le atravesaba una y su flecha certera la derribaba. Dejaba ahí su cuerpo, para alimento de hormigas o para la angurria de los quircos cascarudos.

Hauccha, el cruel, detuvo el tiro de Flecha con que tenía asegurada una sachacabra, para mirar a Huaccaicha. Esta, de pie en una piedra redonda, tenía el pelo al viento y con los brazos hacía señales a sus vigilados, para que se alejaran del lugar.

Hauccha era moreno y enjuto. Era poderoso su brazo, certera su vista y no perdía una flecha. Su voz era sonora y con ella sabía imitar el grito de todos los seres de la montaña. Hasta solía imitar el zumbido de los bumbunes meleros, cuando quería venir a curiosar al goloso quirquincho bola. El quirquincho bola era el manjar predilecto de Hauccha.

Hay un imponderable que ejerce una función catalítica cuando dos almas asoman la una a la otra. Ese imponderable, tiene a veces caprichos monstruosos. Como el que tuvo para hacer que Huaccaicha se enamorara del cazador. Tan luego del asesino de sus protegidos.

Quizá fuera un modo de protegerlos. O una manera de canalizar el amor de ella por las aves del cerro, hacia el corazón de él.

Las espaldas de Llastay, si algo puede hacerse a espaldas de él, prosiguieron los amores hasta que llegó el día del casamiento. Como condición previa al matrimonio, Huaccaicha exigió a su prometido la total renuncia a las flechas y a su arco. O a cualquier otro instrumento de muerte. Jamás le fataría alimento y vestido que proporcionan los animales. De manera que desde el día del casamiento, no era necesario sacrificar ninguno. Así lo prometió el marido. Y así lo cumplió por varias lunas. Las de miel, por supuesto.

Cuando a causa del tierno estado de maternidad en que entró Huaccaicha, su marido comenzó a salir de casa y efectuar largos paseos por el cerro. Aunque con cierta temerosa ansiedad, los animales se acercaban. Y él resistía a la tentación de atacarlos, que le venía desde el fondo de sus instintos.

Un día dijo a su esposa que saldría con arco y flecha, sólo para ensayar la puntería en rocas o en troncos de árboles.

Así lo hizo. Pero luego cayó un guanaco, más tarde una corzuela, después un anta...

Como no los necesitaba, los enterró, para ocultar su falta.

El instinto de cazador estaba de nuevo en armas. Y cuando por la noche su esposa le recriminó la crueldad innecesaria, porque ella como hija que era de Llastay todo lo sabía, el hombre la abandonó.

Recobró su arco y sus flechas. Y de nuevo asoló el cerro con sus excursiones de caza. Venados, vicuñas, guanacos, caían bajo su mortal puntería.

Muchos meses anduvo por los montes. Durmiendo en las abras, junto a las vertientes, siempre el acecho, ansioso de sangre, como si tratara de compensar con mortandad tumultuosa los meses de reposo.

Pero el amor le andaba por dentro. Deseó de nuevo tener entre los brazos ese tibio terciopelo que era Huaccaicha. Decidió ir a buscarla.

Quizá ella no querría recibirlo. Pero él se haría perdonar...

Anduvo cerros y cerros hacia el lugar de la morada. Sólo pensaba en ella. En la dulzura de su voz. En sus ojos que le inyectaban de luz las venas. En su piel, en sus manos.

Pensaba en todo ello cuando de pronto se le pone delante, distraída, olvidada del mundo, una vicuña. Tenía cría. Los dos, triscaban la hierba, inocentes al peligro. El cazador, que iba a abandonar el arco para no presentarse con él ante su amada, lo prepara. Coloca la flecha, apunta y dispara. El tiro era difícil. La flecha lanza un lúgubre silbo y vuela en parábola hasta el blanco. Va a clavarse justamente en el corazón de la vicuña, que cae fulminada. Su cuerpo queda oculto tras la roca. Corre hacia ella el cazador, para cobrar su piel. Al acercarse, alcanza a ver al hijo de la vicuña que da un salto y desaparece como si hubiera quedado disuelto en el aire.

Llega hasta donde está la pieza cobrada. Y ahí, en lugar de la vicuña a la que había tirado, encuentra a su amada Huaccaicha, con la flecha clavada en el corazón y cimbreado todavía por la fuerza del impacto.

Aquella vicuña era su propia mujer, convertida en animal por Llastay, para castigo de Hauccha el cruel, que ya nunca más vivió en paz. Y, sin arco ni flecha, enloqueció buscando entre los cerros a su hijo...

ANGELICA

el éxito musical más clamoroso de los últimos tiempos será llevado a la

FOTONOVELA

Si, amigas: ustedes podrán conocer la auténtica historia de ANGELICA narrada por su inspirado autor

ROBERTO CAMBARE

en íntimas y dramáticas confidencias para las lectoras de "Suspiros", a quien cedio los derechos exclusivos en un contrato firmado en Sadaic.



ANGELICA vive! Es una mujer que sufre, ama y se ve obligada a engañar.

CON

JORGE HILTON NELLY COBELLA

y la participación especial de

MARIQUITA GALLEGOS



darán vida a las cruciantes escenas de

ANGELICA

en mil fotografías inolvidables.

se publica actualmente en la revista

SUSPIROS

Reserve su ejemplar

Cosas de la tierra

LA LEYENDA DEL CHURRINGHE

INDIA

EN lo que es hoy Santa María, de la provincia de Catamarca, estaba una vieja población calchaquí, cuyo centro supo ser Tolombón, hoy convertida en ruinas. De lo que fuera ciudad alzada en puntas de piedra sobre la montaña, pero guarecida al mismo tiempo por un farallón poderoso, quedan solamente los rastros de sus cimientos. Que son ahora, como los rastros de su propia tumba.

En Tolombón vivía gente de paz. Hombres que cosechaban su papa y su maíz y sus porotos, en la santa gracia del Padre Inti. No les faltaba regadío. Las aguas de sus ríos solían bajar repentinas y veloces. Pero se enjaulaban en el laberinto de acequias que el labriego les tenía preparado. Mansos, aquellos encrespados torrentes se convertían en serviciales lenguas de agua que a la par de caminar por los canales, se sumían en la tierra para mojar las raíces de la plantación.

Vivían tranquilos aquellos tolobones de la sierra. Amaban la música y la danza y amaban al amor. Más de una vez, en ocasión de las fiestas, se vaciaban los virques de aloja, sollozaban las queñas y las flautas de caña, rezongaban los erques y latían voluntariosas las cajas y los bombos.

Pero llegó el tiempo de la guerra. Llegó en tiempos de la cosecha de la algarroba, cuando las mujeres se desparramaban por el monte para buscar las vainas doradas que servirán para la aloja inminente y para el patay en el invierno, juego de secas y reseca en las cabedoras piruas domésticas.

Entre las mujeres que juntaban la algarroba, estaba Yuraj, la más linda hija de Tolombón. De ella estaba enamorado y aun sin decirselo, el fuerte Urco Puma, labrador en tiempos de labranza y minero cuando era tiempo de reunir metales para el servicio del Inca. Amaba con delicada ternura a Yuraj. Ella, lo sabía, como lo saben siempre las mujeres, aun antes de que advierta el amor, quién estaba enamorado de ellas. Pero Urco Puma, ocupado su tiempo entre la labranza y los cerros, se conformaba con llevarla en el pensamiento. Así, con ella, entre su doble oficio de yapuni y de tacani, esto es, de labrador de la tierra y de labrador de metales, Urco Puma era dichoso. Tanto la tenía en su corazón, que a veces solía sorprenderse hablando con su corazón, como si hablara con ella. Su corazón, a veces le decía que sí. A veces le decía que no. Y las dos veces le mentía, porque su corazón era ella misma, que miente por jugar, hasta sacar lágrimas, que las lágrimas son la sangre del amor herido. Urco Puma, que jamás había sentido el dolor físico, supo lo que era ese dulce dolor de amar.

Yuraj, pequeña, juntaba y chajchaba algarroba, a la sombra de los copiosos tacus. Desde lejos le llegaba el son de las cajas y el silbo de miel de las queñas. Ella sabía bien cierto que Urco Puma la



Escribe
JOSE RAMON LUNA

quería. Se lo había visto en los ojos. Lo había notado en el temblor de las manos, cuando le alcanzaba el puco lleno de la primera lechiguana del otoño. Era como si en la dulzura de ese néctar estuviera prolongándose la dulzura de sus ojos, de su voz y de su sangre toda.

Llegó la hora de la guerra. Hombres extraños llegaron al plácido Tolombón. Urco Puma, que nunca había tenido miedo a nada, ni al río crecido ni al cerro trepidante ni al puma, que de vencer tantos terminó llevando su nombre, no podía tenerlo de los hombres. Fue de los primeros en anherbolar sus flechas con zumo de poderosos yuyos traídos de Yacu Tampa, en los lejanos bajíos del sur.

Al frente de muchos hombres de su edad, sale Urco Puma a combatir para que los intrusos no lleguen hasta el pueblo. Los aguardan en los cerros sobre los caminos. Llegan los invasores y la pelea se hace ardor entre los montes. Cada golpe que da, cada flecha que tira, lo hace Urco Puma pensando en que con ellos está oponiendo una barrera más entre su amada y los invasores. Dos días y dos noches dura la batalla. Los compañeros de Urco Puma son diezmados. Ya no tiene flechas, cada una de ellas está clavada en la crispación de carne desesparada en que se ha convertido el cadáver del ene-

Pero le queda su honda. Una honda certera y

poderosa, como diz que era la honda del bíblico David.

Pero los enemigos son muchos. Han advertido la bravura de este joven jefe y deciden tomarlo vivo. Es un hermoso tipo de hombre. Tallado en cobre, el sudor de la fatiga da a su piel desnuda reflejos metálicos. Su brazo poderoso se torna en máquina armónica cuando lanza el hondazo bramador. Girando suavemente como aspa de un molino, hacia delante y arriba, luego atrás y abajo en cuatro o cinco giros, de pronto se endurece, engarfándose veloz, para soltar una de las cuerdas de la honda, hecha en fino trenzado de cuero de guanaco, muy bien sobado. La piedra sale cortando el aire con un bramido como de jaguar furioso. No se la ve en el aire. Llega al blanco, caliente como una brasa.

Ha quedado solo. Los enemigos forman un aro en torno a él. Le intiman rendición. Mudo, con la honda amenazante en su mano, gira en torno a sí mismo y los ve. Se le acercan, con las armas depuestas, señal que quieren tomarlo vivo. Piensa en Yuraj, que a esas horas tiembla de espanto, oculta con las mujeres del pueblo entre los tacus. Yuraj también piensa en él. Y es como si entre ambos se tendiera un hilo de comunicación, cuyo receptor es el corazón de cada uno.

Los instantes corren. Los enemigos ya están cerca. Con la honda podrá matar uno, dos, diez. Pero son muchos más.

Ya no hay tiempo. Los enemigos apuran el trance, puesto que el sol ya va ocultándose tras la cordillera. Como si la sangre volcada estuviera subiendo al cielo, éste se tinte de rojo y las nubes parecen capullos empapados. El viento ha hecho silencio. Es entonces cuando Urco Puma toma su determinación. Con su kaillana de sobre se abre el pecho. Entra su mano por la ancha herida y aprieta con ella el corazón.

Luego en un tirón violento lo saca del pecho y la fuerza de su voluntad imponiéndose sobre la muerte hace que arroje el corazón lejos de sí.

Los enemigos lo han visto. Paralizados de espanto, ven como Urco Puma se derrumba sobre sí mismo, justamente cuando parecen cerrarse los párpados del día.

Pero lo que más los asombró, hasta asustarlos, fue que el corazón sangrante del indio no cayó a tierra. Describió una parábola y cuando iba a tocar suelo, como si el alma de la Pachamama se le insuflara de nuevo en sus tejidos, se levantó verticalmente y luego, ya convertido en pájaro, dio una vuelta sobre el lugar. Se acercó al cuerpo yacente de Urco Puma en un rápido vuelo, se detuvo sobre el pecho sangrante sin posarse en él y partió después hacia el monte de tacus, donde llamó desesperadamente a Yuraj por su cariñoso apodo de Churrut.

—¡Churrut! ¡Churrut! ¡Churrut!...

Y desde entonces, en los tacus, por los tiempos de la algarroba, el Churrinche vuela y sobrevuela, con su pecho pintado de rojo vivo, tinta apasionada que le dejó Urco Puma, buscando a la bienamada Yuraj. Churrinche, le llaman las gentes de hoy. Su nombre en otros lugares es Brasa, o Brasita de Fuego o Fueguero. En Brasil se lo llama Verao, Passarinho de Verao, Sangue-de-boi. En la zona guaraní se le llama Guirá-Pitá, que quiere decir pájaro rojo.

Marcelino Roman, ha escrito en su libro "Pájaros de mi tierra", una hermosa copla que describe al Churrinche: "Gota de sangre solar / hecha pimpollo con alas, / brote del aire travieso / pétalo de la alborada, / brasita, lirio de fuego, / clavel de la luz temprana..."

El fuego del Churrinche seguirá andando ya para siempre, en cerros y montes, llevando en su vuelo el último mensaje del hombre hacia la mujer que amó con imposible amor.

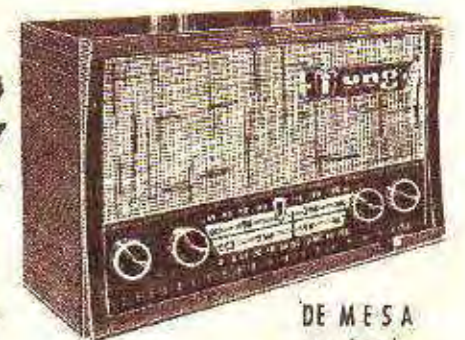
excepcionales
receptores a transistores



PORTATIL

-onda corta (mundial)
-onda larga

- 7 Transistores
- 2 diodos
- pilas comunes



DE MESA
con banda
ensanchada
en onda corta

RADIOS **iung**

Cosas de la tierra

EL PESEBRE:

JUNTURA DE LOS DOS AÑOS

TRECE días, que van desde el 24 de diciembre al 6 de enero, mantienen la permanencia de un altar en que se guarda culto a Jesús Niño. Trece días, que van desde la noche del Nacimiento hasta la llegada de Melchor, Gaspar y Baltasar, los tres Reyes de Oriente que vienen a arrodillarse ante el Rey de Reyes, recién nacido.

Es como si hasta el aire, caliente, encendido y luminoso, tuviera olor de santidad. La vegetación en el valle y en las sierras, se pone sus mejores verdes. Las acequias celestes corren cantando en su torrencioso cielo líquido.

Los caminos acezantes que atraviesan las acequias, parecen hundirse en ellas para salir al otro borde, alegres y fresquitos.

Esta noche, es Nochebuena...

En el cerro, está el pesebre de doña Ramonita. Vale la pena el repecho para llegar hasta allá. El camino se hace cantando. Y cuando se sube cantando, ningún cerro es empinado.

Por un camino suben golpeando el parche de las cajas. Por otro, vienen con guitarras cantando coplas para el Niño Dios.

Ya están en el cerro los que llegaron antes. Y se alza desde arriba, como un hilo de agua, la voz de la quena.

Caja, guitarra y quena, son las primeras canciones de cuna que preludian el Nacimiento.

Arriba, doña Ramonita tiene listo el pesebre. Armado en una esquina de la pieza principal de la casa, llega casi hasta el techo. Armó las montañas de Judea, con arpillera, engrudo y ceniza. Un poco de mica en polvo —espejillo molido—, trajinada con mucho cuidado porque es peligroso para los ojos, ayuda a dar al paisaje de arpillera el cálido aspecto de los montes que pasaron a ser sacros porque entre ellos nació Cristo.

Cactus lugareños, alternan con palmeras, en una verdadera orgía botánica. No faltan las flores junto a yuyos espinudos o tiernos. Abajo del cerro, un espejo ocultos los bordes por gramilla y arena, simula un lago sobre el que nada un blanco cisne de celuloide.

Las ovejas pastan en los alrededores, mientras las cabritas están empinando en las alturas.

El pesebre es un hueco, especie de gruta en la roca.

Dos o tres mesas se arrinconaron para hacer de base al pesebre. Trigo recién nacido, alza sus hoj-

INDIA



Escribe
JOSE RAMON LUNA

las verdes en un rincón, simulando un labrantio.

El niño Dios, es de porcelana. Y data de años, pues nadie sabría decir quién fue su primer dueño. Doña Ramonita, que ya calza los setenta, se acuerda de que era niña recién entrada en uso de razón, cuando ya el Niño Dios le alzaba desde la cuna sus bracitos rosas como pidiendo que lo levantaran. Oyó decir que fue de la abuela de su madre.

Lo que sí, se sabe, es que es un Niño milagroso. Hay que pedirle una Gracia. Quien la pida ha de mirar fijamente al Niño un largo rato. Y si la gracia está concedida advertirá una acentuación leve en la sonrisa del bebé.

Casi todos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes piden una misma gracia: el agua.

Se han secado las vertientes del cerro. Los pastizales de arriba se han vuelto amarillos como la paja. La tierra es un rescoldo. Y los arroyos que bajaban del cerro esquivando en su viaje a los caprichosos vuelos de la falda de piedra, no son ahora más que cicatrices reseca, tajos sombríos.

Todos, en silencio, piden agua. No les hace falta urdir una oración. Basta con mirarles los ojos, negros, pestañudos, melancólicos casi hasta el llan-

to, para advertir que tienen seco hasta el manantial del llanto.

Quienes se acercan al pesebre, han de mirarlo desde cierta distancia. Así, abarcan detalle por detalle. Pueden ver la caprichosa decoración vegetal. Pueden admirar la anárquica zoología que va desde el cisne al elefante, pasando por ovejas, bueyes, cabras y hasta gatos, perros y gallinas.

Cuando va cayendo la noche y el frescor de la montaña pide movimiento, comienza el baile. Como ceremonia perteneciente a la festividad del Pesebre, en Jujuy se estilaba bailar la Danza de las cintas. Danza vieja, que pertenece al folklore de los países más antiguos de la tierra, quizás la bailaron también los hijos de América antes de la conquista.

Tras la danza de las cintas vienen los bailecitos, las zambas, los gatos y las chacareras.

Generalmente no hay aloja, pues difícil es que se hayan conservado las bolsas de algarroba o de molle. Se bebe vino, que es bebida de todo el año...

Y mientras el niño sigue sonriendo desde su porcelana rosa, tendiendo los brazos, afuera, en el patio arde la danza.

El cerro, está ya coronado de música; en la noche es el altar gigantesco ante el cual se arrodilla una raza milenaria, convertida a la dulzura de Cristo en la más conmovedora de sus representaciones: el Niño Jesús.

Ya venían cantando los vallistas:

Se vamo pa'l cerro
los changos del valle;
pa ver el pesebre,
rezar y marcharse!

Esta noche, dicen
que el Niño Dios nace.
Lleguemos a tiempo
pa verlo y cantarle.

Cunita de palo
tiene pa'hamacarse
y tamién los brazos
de su Santa Madre...

Camino pa'l cerro,
subir sin cansarse,
pa ver al Dios Niño
qu'e esta noche nace.

Camino pa'l cerro,
cantar y marcharse,
volver a changuitos
recordar la madre,

recordar sus ojos,
cantar sus cantares,
olvidarse un rato
que ya somos grandes...

Añurí'el Niño!
Dan ganas d'hincarse,
juntas las dos manos,
lorar y rezarle...

Camino 'e la vida:
cantar y marcharse...
Recemos un poco:
s'está haciendo tarde...

Por eso, cuando el alba empieza a poner su plata en los cerros, los que bebieron y bailaron y hasta amaron, vuelven al rincón del pesebre, donde los brazos del Niño Dios tienen ahora un no sé qué de gesto de perdón...

GANARA MUCHO

Adquiriendo el más lujoso, valioso y completo LIBRO SOCIAL TITULADO: GAETA presentamos...

EL ARTE DE ENAMORAR

PARA LA MUJER Y EL HOMBRE



Con enseñanzas y consejos para actuar en sociedad. Piropos y declaraciones amorosas en la calle, bailes, cines, fiestas, etc. cómo hablar, vestir, caminar, comer y ser el más sobresaliente en todas partes. Innumerables y completas instrucciones para pedidos de mano, noviazos, despedidas de solteras y solteros, con discursos en serio y en broma. Entrega de anillos, casamientos, entrada y salida de iglesia. Regalos, versos y juegos inéditos para salones. Cartas amorosas y sus respuestas. Cómo se preparan las mesas y sirven comidas. Uso de los cubiertos, té, lunch, etcétera.

Primero y único manual en el mundo. NUEVA EDICION. Ahora más moderno, más grande, más lujoso, más interesante; en un solo volumen con más de 500 páginas, en colores y del más fino papel ilustración, y cuyo precio es de sólo NOVECIENTOS CINCUENTA PESOS EL EJEMPLAR.

Con sensacionales revelaciones para conquistar al hombre o a la mujer. VALIOSOS CONSEJOS PARA LOS TIMIDOS E INSEGUROS, y amplias referencias para obtener la armonía y felicidad eterna de los novios y casados. Estas y mil cosas más encontrará en esta insuperable obra.

PIDALO HOY MISMO REMITIENDO UN GIRO POSTAL, Y A VUELTA DE CORREO... POR CERTIFICADO, RECIBIRA SECRETAMENTE esta incomparable libro, útil y necesario para que nadie pueda igualar a ella o a él en sus conquistas e igualables y en la distinción. ESCRIBA AL PROFESOR

DOMINGO GAETA Av. CALLAO 660

BUENOS AIRES

AL HACER SU PEDIDO MENCIONE ESTA REVISTA

APRENDA A BAILAR POR CORREO

PERSONALMENTE

- 1: TANGO DE SALON.
- 2: TANGO FANTASIA. - 3: PASO DOBLE
- 4: CORRIDO. - 5: MILONGA. - 6: FOXTROT
- 7: SWING. - 8: VALS. - 9: RANCHERA.
- 10: RUMBA. - 11: BOLERO.
- 12: CONGA. - 13: BUGUI BUGUI.
- 14: SAMBA BRASILEÑA.
- 15: MARCHINHA BRASILEÑA.
- 16: ZAPATEO AMERICANO Y PODRA OBTENER SU DIPLOMA.

El Estudio GAETA es el mayor y más lujoso de Sudamérica y está instalado en pleno centro y en su lujoso y propio edificio de cinco pisos, donde se enseña, además de todos los bailes de Salón, Clásicos, Españoles, Castañuelas, Internacionales, Zapateo americano, etc. EN POCOS DIAS PUEDE UD. APRENDER A BAILAR EN SU MISMA CASA, en horas libres, sin que nadie se entere, sin música, sin compañera o compañero, con muy poco gasto, con el tratado teórico práctico creado por el Profesor diplomado "GAETA", el único nombrado por la Intendencia y el más prestigioso profesor argentino.

SEÑORITA O CABALLERO, desde los 8 a los 65 años: con sólo enviar CIEN PESOS en Giro Postal y carta certificada, recibirá, a vuelta de correo, en su casa y en cualquier país, en sobre cerrado y sin membrete, prospectos completos y LECCION de estos bailes, bien ilustrados, con lujosos salones, dibujos de los pasos, parejas y figuras más modernas. Además de consejos y enseñanzas para actuar y sobresalir en sociedad, bailes, etc.

SOLICITE HOY MISMO ESTE METODO, ESCRIBIENDO AL SEÑOR:

DOMINGO GAETA Av. CALLAO 660

BUENOS AIRES

AL HACER SU PEDIDO MENCIONE ESTA REVISTA

Cosas de la tierra

La leyenda del bichito de LUZ

EN las noches cálidas y oscuras de la selva guaraní, en que la negrura de la sombra se pone azulada por el vaho de la tierra; hora en que las plantas exhalan un aroma vegetal que penetra por la piel; cuando los ruidos del día van mermándose hasta ser murmurio confidencial de acequias; en ese instante en que el cosmos parece afinar sus lejanos instrumentos musicales, es cuando el aire se puebla de rasantes lucecitas azuladas.

Son los bichitos de luz, que inauguran estrellas celestes en las noches bajas de la selva, donde el cielo no alcanza a verse por la techumbre de follaje. Las estrellas son necesarias a la vida del hombre. Cuando es joven, porque le van alumbrando los sueños. Cuando es viejo, porque desde arriba le están jalonando los recuerdos.

El bichito de luz, el isondú, como le llaman en las selvas del nordeste argentino, es una estrellita en miniatura que anda cribando las noches y sus granitos de luz son semillitas de alegría para el hombre que los mira en su trajín constante.

Así, como lo vemos, negro metálico, el vientre abierto en 25 orificios luminosos, ágil en el vuelo, el isondú ha sido, según cuenta la leyenda, un indio fuerte y bueno, generoso y valiente, a quien mató la envidia de sus propios compañeros.

Su luz, quiere ser la luz del perdón, pues con

INDIA



Escribe
JOSE RAMON LUNA

su vuelo en cruz bendice todavía a sus asesinos. Y sale por las noches negras, con sus veinticinco troneras luminosas, destellando luz. Elige las noches más oscuras porque en una como ellas lo topó la envidia.

Se llamaba Isondú. Era hermoso, era fuerte y valiente. El cacique lo había elegido sucesor suyo. Pero, antes que él, por línea familiar había veinticinco jóvenes con derecho al título.

Las cualidades de Isondú eran tales, que aparte de la determinación del jefe de la tribu, había hecho que se posaran sobre él los ojos y los sentimientos de Ristiec, nieta del cacique y la muchacha más hermosa de la tribu.

Ristiec era morena y menudita. Tenía los ojos oscuros, pero llenos de luz. Por momentos parecían absortos y lejanos, pero de pronto miraban con una atención que estaba por delante de las cosas que le hablaban.

Solían encontrarse con Isondú en cualquier camino de la selva o a la orilla del río. Tenían

largas pláticas. En sus palabras, el amor estaba ausente. Pero estaba ardiendo a fuego vivo dentro de sus corazones.

—Cada vez que te veo —decía Isondú— es como si todas las estrellas juntas bajaran a llenarme las manos. Bajan para estar cerca de ti y poder copiar el brillo de tus ojos.

Otras veces:

—¡Oh, niña mía! Cuando cierro los ojos y marchó lentamente por la selva, es como si caminara por medio de una nube aromada de todas las flores de estos montes. Porque tú eres flor y eres aroma...

Una noche que hablaban a la vera del agua:

—He oído el canto de los pájaros más musicales de la tierra. Escuché el canto de los arroyos que corren entre las piedras y de las aguas que se deslizan entre hierbas. Oí la música que toca en las tardes la brisa al pasar entre las ramas frondosas y tiernas del oloroso aguari-bay... Pero oigo tu voz y en ella están, dormidos, el pájaro, el agua y la brisa... Tú los despiertas y una música nueva está renovando el mundo...

Luego de hablarle así y dejar a la niña sonriendo ante esas cosas bellas pero casi incomprendibles para ella, Isondú tomaba su arco, sus flechas y entraba monte adentro...

Una de esas tardes o esas noches, Isondú anduvo más que de costumbre en la selva. Y cuando salió de ella, la luna estaba alta. Pero como iba marchando ciego de amor, no alcanzó a ver que entre los matorrales que bordeaban la senda, aguardaban algunos con lanza, otros con flechas, otros con sus cuchillos de jade, varios hombres de la tribu de Isondú.

El, marchaba lleno de amor, bañado por la luz de la luna hasta parecer él mismo una talla en esa luz, cuando se le echaron encima los diez asesinos.

La lucha fue breve y silenciosa. Veinticinco heridas le abrieron en el cuerpo. Y en vez de manar sangre de ellas, los asesinos vieron como manaba una luz celeste, parecida a la luz de la luna.

Huyeron. Y al regresar a la noche siguiente, en el lugar donde estaba el cuerpo, vieron un pequeño insecto alargado, de alas duras y negras, con brillo irisado.

Se acercaron más a él. De pronto se hizo noche y el pequeño insecto desconocido alzó vuelo silenciosamente. Su vientre, por veinticinco orificios despedía luz. Y echó a volar hacia la selva junto al agua, a los lugares donde solía encontrarse con su amada.

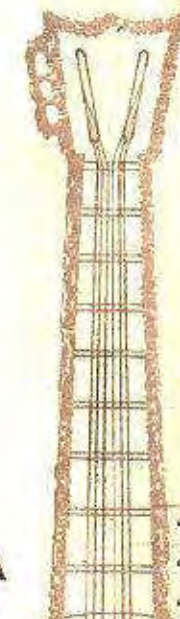
Desde entonces, el Isondú, multiplicado en millones de chispas celestes y andariegas, agudereja la noches para recordar a sus asesinos que que si los puñales y las flechas matan a la carne, al amor lo convierten en luz.



ANTIGUA CASA DE MUSICA

Gino Del Conte

en su nueva dirección
PARAGUAY 1486



GUITARRAS
de
estudio

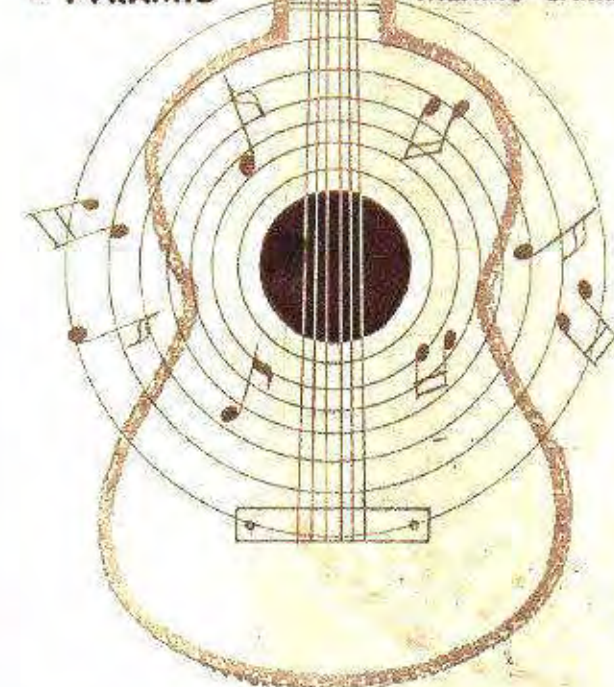
"VENDOMA"

Cuerdas:

- HELIOS
- VENDOMA
- PYRAMID

Guitarras de autor

- "ROBERTO HERRERA"
- "ANTONIO BERMUDEZ"
- "HILARIO CARRACEDO"



ARMONICAS Y ACORDEONES "HOHNER"

Trompetas alemanas
Contrabajos
Baterías

y toda nueva clase de instrumentos musicales

Cosas de la tierra

INDIA

EL CANTOR DE LA MUERTE

EL INDIO jamás le tuvo miedo a la muerte. Esa forma sorpresiva con que llega y que es como una gentileza de la naturaleza para evitar al hombre las angustias de su proximidad, no tiene importancia para el hijo de América. La historia relata la serena muerte de Atahualpa, sacrificado por un porquerizo al que la ambición desesperada por el oro lo hizo capitán de bucaneros de tierra adentro. Caupolicán, que muere sentado sobre una aguda pica, cuya punta le salió por el cuello, sufre el suplicio sonriente y alentando a los suyos a imitarlo.

Darwin relata la historia de tres indios sorprendidos en tierras del sur, cerca de Bahía Blanca, que se niegan a declarar a los soldados que los capturaron dónde estaban sus tropas. El jefe de las milicias manda fusilar al primero, ante los otros dos, para ablandarles la moral. Interrogado el segundo, también guarda silencio. Se le fusila ante el tercero, que al ver caer a su compañero avanza y se coloca en el lugar donde momentos antes habían estado de pie sus dos amigos. Y sus únicas palabras fueron:

—Tirando, Huincá... ¡Que yo también siendo hombre y sabiendo morir!

Hermosa lección de hombría venida desde las profundidades del desierto hacia los linderos avanzados de una civilización que poco después habría de dominar las soledades para dejarlas, por años, más solas que nunca!

En 1879, cantó en versos su adiós a la vida.

El general Lamadrid arrojaba a sus tropas, antes de lanzarlas a la carga, con vidalías que improvisaba, acompañándose con la guitarra. Y en vez de alaridos de coraje, eran canciones, un coro tonante y torrencial el que seguía a la voz de mando del general, que galopaba delante y pedía el barato de ¡ser él quien se topara con el primer enemigo!

—¡A sablearlos cantando, mis valientes!...

Sobre el quejido, el gemido o los ayes de los enemigos se alzaba en el campo, ululante, carcajeante, espantable, el canto de los jinetes, que parecían una tempestad recién escapada del infierno.

No siempre el canto ha de ser función heroica, aunque en ello está su verdadera sublimación.

En Córdoba, cuando los tiempos de Paz, luego de la batalla de La Tablada, los ánimos de la gente estaban exaltados. El ruido de las armas apagaba el rumor de las guitarras. Pero no a la guitarra de Evaristo Carvajal, cordobés cantor y andariego que gustaba pasarse las noches entre canto y trago hasta la hora de salir a galopar con el primer sol en las espaldas.

Una noche, Evaristo se hallaba en un patio, patio querido, de la casa donde vivía Martina, la muchacha de sus amores. También estaba en ese patio, aquella noche, un despreciado enamorado de Martina, cabo de las tropas de Paz.

Evaristo cantó como si le dictara la música a su sangre la mirada dulce de Martina. Su guitarra era un puro



Escribe
JOSE RAMON LUNA

tiritar de melodías. La música era como un chisporio de luz saltando de las cuerdas. Martina sonreía tras el brillo de sus ojos verdes; color de una arboleda en otoño.

El cabo Medina, rabioso de despecho, se acerca a Evaristo y, con sonrisa de costado, hace como que pregunta:

—Decime, Evaristo... ¿No entrás en el ejército? ¿O es que te falta coraje?

Tranquilo, Evaristo pone la guitarra sobre las piernas como acunándola. Y de coños sobre ella, contesta, parsimonioso:

—Esa no es manera de venir a toparlo a un hombre... El otro, informando:

—Ahí está el general Paz, que acaba de vencerlo a Quiroga en La Tablada, necesitando varones pa' la otra vuelta del baile.

—Que ha de ser muy pronto —contesta Evaristo. Y agrega—: Quiroga ha dicho que no ha de afeitarse la barba hasta que se tome el desquite. Agalludo es, el riojano, pero el nuestro, aunque tenga un brazo impedido, no es nada manco...

—¿Y vos? ¿Le tenés asco a la lanza? Es de madera, como la guitarra...

—Vea, mi amigo: si bien es cierto que la lanza y la guitarra son de madera, le tengo más afición a la que me avuda a cantar...

—Será que algo te falta... A la guitarra la tocan hasta las mujeres. La lanza, es cosa de hombres.

Evaristo era de aguante, pero también de tiro corto si le andaban apurando las cosquillas. Por eso, responde:

—A mí no me falta nada. Pero a usted más bien parece que le anda sobrando vida.

Medina, al tiro:

—Si me sobra, no ha de ser pa' que vos la desparriames...

Evaristo echó una mirada hacia Martina. Vio nublarse sus ojos verdes. Y se llamó a cordura. Repuso tranquilo:

—Vea, señor, mejor es que se vaya... No sea cosa que tenga que quedarse...

Medina, al advertir en Martina una sonrisa de orgullo por la tranquilidad de su hombre, echó la corajeada final. Sacó el cuchillo y de un tajo cortó las cuerdas. Saltaron las de tripa, pero la prima quedó vibrando, como en un gemir agudo. Evaristo se pone de pie de un salto, y al otro:

—¡Esto, ya no!...

El otro, afianzándose en las piernas y sopesando el cuchillo en la diestra nervuda:

—A ver, cantorcito, si pa' esto sos tan baquiano como pa' las cuerdas...

Mostrándole la guitarra, Evaristo, a tiempo que la entrega dulcemente a manos de Martina:

—Ya ves: no pudiste con la prima, que también es de acero...

Y desvainó, a tiempo para atajarse un cintarazo a la frente. Luego el ataque abajo, el visteo trágico y el acero que muerde en carne. Un quejido y el blando caer del cuerpo al suelo. Evaristo, de pie, mira a Medina, y sale. Lo apresan en la puerta de calle los compañeros del finado.

Más tarde, ante el juez, cuando éste le dice:

—¿Así que a más de cantor sos cuchillero?

—El que canta, canta a veces lo que puede no gustar... Y si lo buscan, el hombre ha de dejar que lo encuentren.

—Se te acusa, además, de no tener domicilio fijo.

—Todo rancho donde canto, es rancho mío. Hasta ahora naide me ha negao techo, señor juez.

Martina, que estaba presente, interviene, sollozante:

—Es cierto, señor juez. Evaristo es hombre decente y mi casa es de él.

—¡Deje, niña, que hable el prevenido! —corta el juez, atusándose las barbas.

—Lo que ella dice es cierto. No preciso rancho fijo. Donde me hace noche, tengo mi casa. Y cuando llego, siempre parece que me estuvieran esperando.

Pero Evaristo Carvajal ha matado en tiempo de guerra y a un cabo del ejército. No es soldado, pero, como si lo fuera, en estos tiempos de fusil y voz de mando... Llevado el caso al general Paz, éste ordena secamente:

—Que se lo fusile después de diana. Comuníquenle la sentencia y pónganlo en capilla.

El oficial que ha llevado el caso al general, intenta levemente una defensa, busca un atenuante:

—Mi general: mató en defensa propia. Es un mozo cantor muy apreciado... Evaristo Carvajal, se llama...

—¡Cumpla la orden!

Al amanecer del día siguiente, cuando las primeras luces del sol doraban la cresta de los cerros vecinos, marchaba el piquete por el patio del cuartel.

—Diga el reo cuál es su última voluntad.

—Que no me venden los ojos. Que me traigan mi guitarra y me dejen morir cantando.

Un rato más tarde baja hasta callar el redoble de tambores. Y desde el banquillo se alza, vigoroso, el punteo de una guitarra y una voz sonora, varonil, entera, aunque trémula de melancolía:

*"Muerte más inmerecida,
es la que me van a dar;
pero yo vou a cantar
antes de perder la vida..."*

Desde su despacho, el general Paz llama iracundo a su ayudante:

—¿Quién es el bárbaro que canta durante un fusilamiento?

Un momento más tarde, el oficial informa:

—Es Evaristo Carvajal, que pidió una guitarra para morir cantando.

El general Paz, criollo también y con sangre indígena en las venas, sintió un estremecimiento. Era el coraje que le lloraba en la sangre. Perdonó al reo.

Y Evaristo Carvajal, perdonado por el general comprovinciano, una hora más tarde, con guitarra y caballo nuevo, galopaba dándole la espalda al sol. A ese sol que allá, al oeste, le alumbraba el rancho de su Martina.

LR 2

RADIO
ARGENTINA

PRESENTA



UN
ALTO
EN LA
HUELLA

MARTES, JUEVES y DOMINGOS
A LAS 22 HORAS.

CONDUCCION: MIGUEL FRANCO

Cosas de la tierra

LA NIÑA ENCANTADA

Al sudoeste de Mendoza, perdida entre los cerros al norte del río Salado, hay una lagunita que suelen llamarle De la Niña Encantada. Está unida al río por un hilo de agua, el arroyo Cuchirascó. El paisaje es hermosísimo. Al oeste, los poderosos rumbos de piedra se hunden en las nubes. Cerros y valles, crestas y hondonadas, piedra pura y agua tumultuosa de ríos que corren desbocados hacia el Sur, hacia el Este y arroyos serciviales que los asisten engordándoles el cauce, forman el paisaje delirante de aquel sur mendocino.

Hace muchos años, vivían en esos lugares, hoy regenteados por la donosita villa de Los Molles, dos caciques enemigos. Uno, Calihué, bravo y sensual, venido desde el otro lado de la cordillera en algún aflujo bélico y afilado ahora allí, alerta y agresivo, siempre dispuesto al malón. El otro, Naucayanqui, tranquilo pastor de sus subordinados, alfarero, cantor, que se decía venido desde lejanas tierras del Norte, en uno de esos ramalazos de conquista que solía hacer el poderoso Inca de Cuzco.

Calihué hizo la guerra a Naucayanqui, sólo porque éste se negaba a darle por esposa a la bellísima Elcha, hija suya. Elcha tenía poco más de dieciséis años. Pequeña de cuerpo, su físico estaba modelado por los ángeles. Delicada y ágil, como una corzuela, tenía los ojos llenos de esa profundidad misteriosa con que miran las vicuñas desde su tibio mundo de seda. Cuando se estalló la guerra entre su padre y Calihué, escapó hacia los cerros. Cuando Calihué venció, la obligó a regresar, pues de lo contrario mataría a Naucayanqui, su padre.

Naucayanqui dio el consentimiento para el matrimonio, que se consumó en un hazazgo de alaridos y heberajés. A consecuencia de los jolgorios, murió un

INDIA



Escribe
JOSE RAMON LUNA

amigo íntimo de Calihué, el cacique Rupnyan, que había ayudado mucho al vencedor en la doble victoria. Calihué lloró la muerte de su amigo. Y se hizo cargo de Cantipan, su hijo, moctón de casi 20 años, fuerte guerrero, pero dado más bien a las actividades de la paz. Cantipan no había ayudado a su padre en la guerra contra Naucayanqui, porque estaba dulcemente enamorado de Elcha. La quería desde siempre. Quizá cuando por primera vez abrió los ojos al amor, éstos se le llenaron con la luz de Elcha. Los jóvenes solían encontrarse en los cerros, por parte del estado de gracia en que caía el corazón de Cantipan, y esa sensación de poderío que sentía ella frenet a fuerte muchachón que la acompañaba, ninguna otra cosa hubo entre ellos.

El casamiento cambió las cosas. Cantipan sintió la injusticia del hecho. Vio a su amada Elcha entregada por fuerza a las caricias del salvaje padrino suyo.

La niña tuvo, al mismo tiempo, el sentimiento de que estaba dedicada su vida a otro que no era su actual marido. Ese otro era Cantipan.

No se habían disipado los ecos de la fiestería con que se celebró el casamiento, cuando Calihué quiso

ejercer sus derechos de marido con la dulce novia conquistada en actos de guerra y no en lid sentimental.

Pero Elcha no estaba en el toldo. Las mujeres que la cuidaban lloraron desesperadas, pues la muerte sería el castigo a su descuido.

Se buscó a Cantipan, con el fin de que organizara una partida de seguimiento a la muchacha, por conocer como ella los lugares de su preferencia y los ocultos rincones donde solía pasarse días enteros con sus noches, sola.

Pero Cantipan no estaba. Una joven cacica, Culpán, que soñaba por marido a Cantipan, se dejó llevar por el despecho y lo denunció.

Era él quien raptó a la joven Elcha.

Los juramentos de odio de Calihué apagaron hasta la voz de los vientos. Sus bramidos de dolor y de rabia hicieron temblar las serranías.

Chulcan, la despechada buscó la ayuda de la bruja de Relgué Samuél Lauquén. Esta, convirtió a Chulcan en lechuza para que volara y siguiera de cerca a los fugitivos.

La bruja los encontró de acuerdo con las indicaciones de la lechuza. Y aparentando alegría, ofreció a la desposada un collar de lirios rosados, flores que nacían en un valle-jardín, que sólo ella conocía. Elcha se puso el collar de lirios rosados y se acercó coquetamente a la laguna para mirarse en ella. Al instante quedó convertida en roca. Y su figura delicada es ya de piedra que se inclina hacia las aguas de la laguna.

Cantipan, al verla la llama a gritos. Persigue a la bruja, que escapa. Llega la noche y sólo el chistido de la lechuza triza el silencio con que hasta la noche misma respeta el dolor del enamorado.

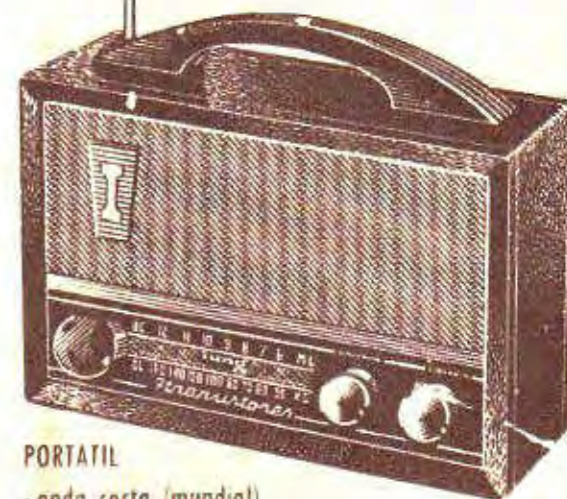
A la siguiente mañana, la piedra sigue ahí, firme, silenciosa, repitiéndole vanamente en sus formas la fina silueta de Elcha.

Cantipan oye que se acercan allí los hombres de Calihué. No está dispuesto a pelear porque el único objeto por el cual hubiera luchado está ahí, convertido en roca inmutable. Decide acercarse a la costa del lago, y con los ojos puestos en la roca, se arroja a las aguas, a su pie.

Cuando los hombres de Calihué llegaron, sólo el silencio estaba aguardándolos en el lugar.

Pasaron muchos siglos y las aguas golpeando en la piedra repetían el nombre de Elcha, en el chicoteo permanente. Tanto y tanto las aguas la llamaron con la voz del amado, que la piedra se enterneció. Y un día, poco a poco, fue desmoronándose y fue finalmente a reunirse en el fondo del lago con el único hombre al que había amado en su vida. Y ahí están ahora, en la silenciosa profundidad del lago, envueltos en la luz azulada que las aguas dejan pasar hasta el fondo, donde el amor es paz y eternidad.

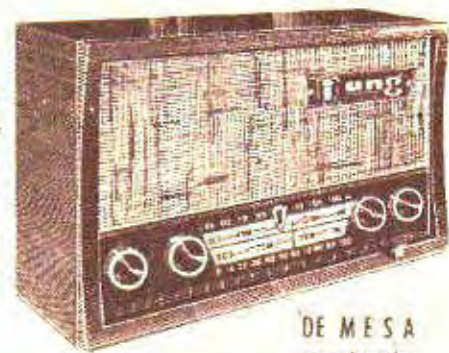
excepcionales
receptores a transistores



PORTATIL

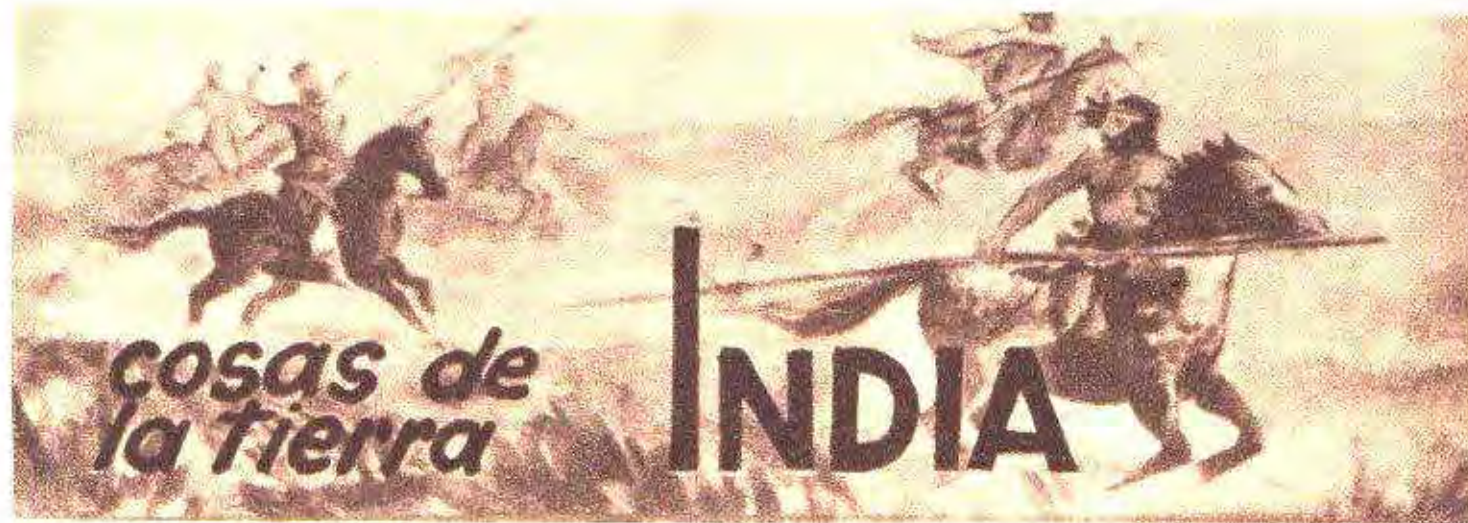
-onda corta (mundial)
-onda larga

- 7 Transistores
- 2 diodos
- pilas comunes



DE MESA
con banda
ensanchada
en onda corta

RADIOS **iung**



cosas de la tierra

INDIA

EL QUE QUERIA HABLAR CON DIOS

escribe
JOSE RAMON LUNA



Yacto era un hombre tan fuerte que ningún trabajo lo fatigaba. Tenía el mejor labrantío de la comarca. Y esta era un lugar de ensueño. Estaba en un valle cruzado por varios riachos que bajaban sus aguas cantando o bramando según la época del año desde los cerros vecinos. Las aguas, nieve licuada bajaban primero, en hilos juguetones por diminutas rutas de piedra. Entraban a la falda del cerro y tomaban gracia en ellas las plantas aromáticas, que les dejaban su perfume.

Más abajo, la mano del hombre apartaba las aguas de su cauce común y las derivaba en acequias hacia los sembradíos. Un viejo chirimoyo presidía desde arriba estas aromadas nupcias del agua y las plantas del arroyo. El chirimoyo, árbol alto y redondo, que da sus primeros frutos recién cuando cumple un siglo, estaba arriba, de pie, como un sacerdote antiguo, regalando a Yacto el don de sus frutas, las más sabrosas frutas de la tierra.

Yacto estaba casado con Yuraj, muchacha que había venido desde tierras del oeste detrás de la cordillera y tenía la rareza de unos extraños ojos de color vegetal. Sus pupilas tenían en el verano un ardiente color verde, casi luminoso. En invierno, unas estrias doradas que las irisaban, traían la semejanza con las nervaduras amarillentas de las hojas en otoño. Su pelo no era negro azulado como el pelo de todas las mujeres de su raza. Era un pelo como si se hubiera lavado con miel, copiando a ésta su color. Su voz era una pura armonía. Hablaba el keshwa, pero con un lejano acento que más bien tiraba al aimará. Una vieja leyenda decía que las gentes de ojos verdes fueron en otro tiempo, miles de lunas antes, habitantes de los altos páramos que circundan el lago Titicaca. Hombres de ojos verdes y pelo claro, fueron magistrados en la hoy ciudad muerta de Tiahuanacu. Quizás un hombre o una mujer, se salvaron del cataclismo que sumergió países y alto lugares, inaugurando una nueva geografía diabólica. Y alzando a la cumbre lo que antes era valle, sumergiendo en las aguas

lo que antes fuera cumbre y alzando en cimas el misterioso fondo de los mares. ¿Dónde estaba Tiahuanacu antes de ser soliviada por ese cataclismo que trastornó la orografía continental? ¿Cómo pudo salvarse aquel hombre o aquella mujer que prolongaría el detalle racial de los ojos verdes y el pelo claro hasta nuestros días?

Así, era ella: ni alta ni baja; cutis de tibio y suave, tan suave que recordaba el tacto de las vicuñas recién nacidas.

El, hombre fuerte, no estaba conforme con su destino de labriego. Conocía muchos secretos de la naturaleza. Sabía las derivaciones del Sol y leía en la voluntad cambiante de Mama Kjiella, la Luna. Sin embargo, necesitaba saber algo más, que él mismo no alcanzaba a expresar.

Una tarde en que ambos se encontraban trabajando, él en su labranza junto al río y ella hilando finos vellones de vicuña, pasaron veloces unos paisanos que venían del Este. Traían todos sus bartulos en el arria de llamas. Tenían los rostros azorados y la voz trémula. Era evidente que huían de algo.

—¿Qué ocurre —preguntó Yacto— que parece que todo el pueblo se muda?

—¡Oh! ¡Mucho! Han llegado unos hombres que tienen el trueno y el relámpago en las manos. Y entre ellos vienen otros que hablan con su Dios. Su Dios no es nuestro Padre Inti, sino más bien Inti es siervo de él.

—Hablan con Dios, decías?

—Sí.

—¿Y lo ven?

—Sí. Muestran su figura, que es un hombre desnudo y muerto con los brazos abiertos sobre dos maderos, que siguen la forma de su cuerpo.

—¿Y hablan con él?

—No. Con Dios, porque éste no es más que su figura.

Y siguieron apurados, perdiéndose sus gritos en el crepúsculo que caía ya, dorando el paisaje con las últimas luces del Padre Sol.

Yacto se quedó meditando. Al día siguiente, dijo a Yuraj:

—Voy a hablar con Dios...

—Iré contigo.

—No. Iré solo.

—No quiero que vayas. Debes quedarte aquí. Hemos sido felices hasta hoy. Por ahora estamos solos. Después vendrán nuestros niños. Fuertes, como tú. Y laboriosos...

—Es necesario que vaya a ver a ese Dios muerto que sigue vivo y es el Gran Amauta de esos hombres recién venidos. Que tiene los ojos y el pelo claro como tú. Quiero saberlo todo. Luego regresaré para contártelo. Y ser nosotros también como ellos, sabedores del secreto de hablar con Dios.

Y se fue en la mañana del día siguiente. Las primeras luces del alba alumbraron su silueta perdiéndose en el camino, rumbo al Este, a las tierras llanas, donde habían acampado aquellos hombres vestidos de hierro, dueños del trueno y del rayo y aquellos otros, severos, solemnes, insaciables en pedir oro y trabajo para construir las casas de su Dios.

Yuraj se quedó llorando, pero sumisa a los deseos de su dueño. A su voluntad, que le había ordenado quedarse y esperarlo.

Cuatro lunas pasaron y Yacto no regresaba. Entonces Yuraj resolvió salir a buscarlo.

Preparó sus avios, eligió ropa de abrigo, charqui —zapallo grande—, dos yuros, uno de agua, otro de miel de lechiguana; una bolita de kara (maíz) tostado y otra de prutu pallar.

Echó a andar hacia el Este.

A los tres días, le dieron noticias de Yacto: la repentina creciente de un riacho había vencido su fortaleza. Lo tomó de sorpresa, derribándolo. Pero él se había levantado tratando de salir, cuando una piedra enorme arrastrada por la corriente lo empujó de nuevo. Luchó largo rato dando voces de que lo dejaran pasar el agua y las piedras, pues él iba a hablar con Dios y conocer el secreto que dominaría a todas las fuerzas de la tierra.

Pero las fuerzas de la tierra, encarnadas en el agua y la piedra, lo vencieron, como si ellas estuvieran dotadas de una fuerza superior a la invocada por el fuerte Yacto.

Yuraj oyó el relato y fue hasta el riacho donde desapareciera su marido. Lo buscó, entre las piedras enormes. Preguntó en vano al agua, ahora minúscula y juguetona. Preguntó a los grandes árboles. Anduvo río abajo, entre las piedras que le martirizaban los pies.

Al anochecer, subió a un árbol enorme desde el que se divisaba hacia abajo, lejos, en dirección a la corriente que seguía rumbo al Este. Y nada. Al anochecer, comenzó a llamar a su marido por su nombre:

—¡Yacto!... ¡Yac... tooo!

Como una burla, los cerros del Oeste le devolvían en el eco el nombre del amado.

Desde entonces, en los valles del noroeste siguiendo el curso de los riachos que braman o que cantan, el Yacto sigue preguntando a las aguas y las piedras, donde está o adónde fue el dueño de su nombre. Convertido ahora en pájaro, aquel ser dulcísimo que fuera Yuraj, sigue teniendo los ojos color de arboleda y las plumas con suavidad de vicuñita recién nacida.

excepcionales
receptores a transistores

PORTATIL
- onda corta (mundial)
- onda larga

- 7 Transistores
- 2 diodos
- pilas comunes

DE MESA
con banda
ensanchada
en onda corta

RADIOS **iung**



EL FAMILIAR

escribe
JOSE RAMON LUNA



DESDE la más temprana edad del hombre, quizá aún antes de haberse iniciado la organización de la familia, sintió la necesidad de confiar su seguridad, su dicha o su fortuna, a un elemento mágico. Pero, al mismo tiempo, también un elemento visible.

Un árbol, una roca, una vertiente, en las primeras edades. Más tarde, un ícono, un nombre.

Cuando llegaron los conquistadores a América, aparte de no traer nada constructivo, sino codicia y un empuje ciego y cruel, nacido de la desesperación y el instinto de conservación y que algunos cándidos historiadores llaman coraje, dejaron aquí sus supersticiones. Entre éstas, el mito del mágico ser protector que dio en llamarse "Familiar".

El mito continuó hasta hoy día. Todavía en torno a algunas gentes afortunadas sigue en pie la creencia popular de que en la vida fueron favorecidas por un Familiar.

Una tarde andábamos con mi abuelo, por un camino de esos que parecen hundirse en el cerro en el próximo recodo y vienen a desembocar por una quebrada. Pasamos frente a las ruinas de una casa. Como a 20 metros se alzaba todavía el carbonizado muñón de un árbol destruido por el fuego. El yuyal había inundado la casa.

Un retoño del algarrobo quemado, milagro de una raíz viva, se alzaba escualido, en su ramazón amarillenta. Arriba, como un adorno por piedad, se hamacaba un kechupay, entonando su alegre canción de buenas nuevas.

Tata Dionisio, mi abuelo, comentaba:

—Tarde canta el kechupay... En esta casa todo está perdido desde hace años...

—¿Una quemazón, tata Dionisio?

—No, hijo. Un rayo.

—¿Y quemó toda la casa?

—Sólo el árbol.

—¿Y porque si se quemó el árbol se perdió todo?

—Es que en el árbol estaba viviendo el Familiar...

Entonces mi abuelo continuó contándome. De ahí supe que el Familiar es un animal que se cría en la casa y que ha sido dotado de poderes sobrenaturales mediante un previo trato del dueño con el Diablo. Es necesaria una ceremonia semejante a la de la Salamanca, para establecer el contrato. El diablo entonces entrega el animal como un personero suyo, vivo y ejecutivo. Puede ser un gato. Pero es generalmente un viborón. A veces, se alberga en una habitación de la casa. Otras, en el tronco hueco de un árbol.

El dueño, suele verse con el Familiar en horas de la siesta o en horas de la alta noche. Entre las obligaciones que tiene con su diabólico huésped, está la de darle de comer de lo mejor. Si cría vacunos, el mejor ternero. Y si tiene fábrica, como se decía del primitivo dueño de un ingenio tucumano que aún hoy existe, le daba una vez por año, el regalo de un hombre.

—Este hombre, el dueño de la casa, ¿qué Familiar tenía?

—Diz que era un viborón. Más grande que una lampalagna. La cabeza como la cabeza de un perro grande, y, como el perro, con pelos como barbas y otros como melena. Dicen que una vez por semana tenían que darle un ternero o una cabra. Pero de lo mejor. Cuando mejor era el animal que se le daba para comer, más abundante era la natalidad. Y curioso: el viborón era blanco, como si tuviera escamas de loza. Blanco como las cabras y los cabritos de que se alimentaba. Y blancos eran también los animales que el dueño supo tener en el campo. Su caballo era un caballo blanco hermoso que parecía hecho con la misma plata que el dueño llevaba en el apero. La hacienda vacuna era blanca también.

—¿Y por qué todo era blanco, tata Dionisio?

—Porque todo tenía que ser del color del Familiar. El hombre había elegido lo blanco, por soberbia. Porque es el color de la santidad, de la pureza. Pero como el blanco vino de fuente del Diablo, tenía que ser lo que fue. A más, lo blanco, que es la raíz de la luz y la vertiente del fuego, atrae al rayo. El brillo del viborón en la noche de tormenta, alumbrado por el relámpago y sacudido por el trueno, los atrajo.

Cuando cayó el rayo, es como si sobre la casa se hubiera derrumbado un cerro. En seguida se alzó eulbreando una llamarada roja y el árbol fue un incendio vivo.

Y desde el día siguiente, desaparecido el Familiar, el hombre de la casa comenzó a sufrir los primeros ramalazos de la mala suerte.

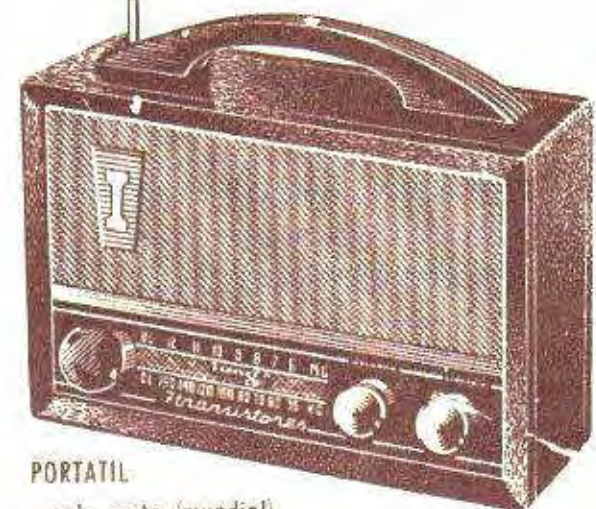
Una peste le diezmo la hacienda. Y las cosas fueron a menos y a menos hasta que tuvo que dejar la casa que nadie nunca más quiso ocupar.

Hoy, sigue corriendo, en voz baja y miradas de soslayo, la fama de que Fulano o Zutano, que de la nada se vinieron de pronto a unas portentosas buenas, tienen a su servicio un Familiar.

Pero al advertir la miseria moral en que viven muchos ricos, al considerar sus espíritus harapientos y sus manos sucias, el abuelo solía terminar sus historias de "familiares" o de salamanacas, con esta coplita:

*El que pa' pobre ha nacido
de ese mal ha'i perecer:
aunque se llene de plata
"pobre" nomás ha de ser...*

excepcionales
receptores a transistores



PORTATIL
- onda corta (mundial)
- onda larga

- 7 Transistores
- 2 diodos
- pilas comunes



DE MESA
con banda
ensanchada
en onda corta

RADIOS **iung**



escribe
JOSE
RAMON
LUNA



LEYENDA DEL PACARA O TIMBO

El Pacará es uno de los árboles más altos. Sus ramas son de un verde oscuro y su sombra es como un anticipo de la noche, espesa y fría. Pero cuando su sombra se alfombra con las flores en tiempos de primavera, parece que en ella se reflejara el cielo. La tierra se vuelve azul claro y parece desde lejos como si el árbol se irguiera en la mitad de un lago.

Antes de ser árbol, era un indio. Alto y fuerte y valiente. Pero también con un corazón rebozante de ternura. En el combate era una tormenta. En el amor, una brisa.

Así de fornido y musculoso, de enorme y valiente, era tímido. Temía acercarse a Tacuaree, hermosa muchacha india hija del jefe de una tribu vecina y amiga.

Tacuaree no le era esquiva. Le gustaba verse como arropada de sol, por las miradas de Pacará. Cuando estaba junto a él, se sentía pequeña como un suspiro. El, a su vez, se sentía tan enorme y tan fuerte que hasta contenía el aliento por temor a molestarla. Era feliz así: mirándola, oyéndola, sintiéndola cerca suyo. Un amor extraño, de pura ternura, era el que sentía por la muchacha.

Pero no es posible que el amor siempre sea una esperanza. No deber ser solamente un sueño. El amor se alimenta de amor.

Llegó a la población cierta tarde, un forastero. Era distinto a todos los hombres de la tierra de Tacuaree. Tenía ojos claros y el pelo como un vellón de oro. Su voz emitía palabras desconocidas, que a Tacuaree sonaban musicales.

Este hombre extraño, había sido visto únicamente por Tacuaree. Por señas, supo que ella era de un pueblo importante y que sus hombres eran guerreros fuertes y valientes. Tacuaree le llevaba alimentos, agua, frutas. Poco a poco fue como saliéndose de la órbita de perezoso placer que le daba la compañía de Pacará. Y sin advertirlo, prefería la compañía de este hombre nuevo, que llevaba el cuerpo cubierto de ropas, que andaba con rumor metálico, pero que tenía unas manos suaves con que apretaba las suyas cada vez que llegaba o se despedía.

Hasta que un día, el hombre extraño decidió irse del lugar. Prometió a Tacuaree que regresaría con otros hombres como él y que se harían dueños de todo y enseñarían a los naturales a trabajar la tierra, adorar un Dios nuevo, a construir casas...

Se fue. Y Tacuaree, con él.

Aquella noche, la madrugada siguiente y todas las noches y las madrugadas que siguieron, Tacuaree no alumbraba con su gracia el corazón de Pacará.

Este decidió salir a buscarla. Recorrió los alrededores del poblado, preguntó a los vecinos... Buscó sus rastros en la tierra hasta que los encontró.

No pudo seguirlos mucho, porque se perdían en la selva, atravesaban arroyos y siempre, llevando a su lado rostros extraños, gruesos, duros, de un ser que él no había visto jamás.

Pensó que Tacuaree volvería. Entonces, no sería más tímido. No se conformaría con embobarse dulcemente de su presencia. Con oír cómo le entraba en la sangre la voz musical de la muchacha. La tomaría en sus brazos, la apretaría contra su cuerpo, tratando de incorporar los latidos de ella al torrencial latido de sus propias venas.

Sería otro... Esperaría...

Para escuchar mejor el rumor de su regreso, Pacará se acostó en el suelo pegando el oído a la tierra. La Madre Tierra le traería la buena nueva, comunicándole desde lejos el rumor de sus pasos...

Acostado, hundida la oreja en el polvo, se quedó largas horas. Sólo le llegaban los galopes de las corzuelas, como un repiqueteo fugaz. Oía los algodonosos pasos de jaguar y los trancos elegantes del zorro.

Pero no le llegaba el andar de seda, el paso menudo de Tacuaree...

Pasaron noches largas. Y días más largos aún...

Pacará seguía con el oído en la tierra, sin moverse. Sin comer, sin respirar casi. Comenzó a confundir los sonidos. Luego sintió como un sueño profundo que lo arrastraba hacia el fondo de la tierra. Ya no le llegaba por el otro oído ni el canto de los pájaros ni los ruidos de la selva que hervía de sangre y vida bajo la capa verde de los árboles.

Sus amigos, alarmados por la ausencia larga, salieron a buscarlo. Por fin lo hallaron, tirado en un claro del monte, con el oído pegado en tierra. Muerto.

Al levantarlo, la oreja no se desprendió del suelo. Quedó adherida a él, por raíces tan fuertes como venas de acero.

No lo advirtieron los amigos que se llevaron al cadáver de Pacará.

Pero al día siguiente, cuando fueron a rendir homenaje al amigo en el lugar donde había muerto, hallaron un árbol corpulento, que se alzaba sobre todos como oteando el horizonte. Y a su sombra, un verdadero cielo de flores diminutas, suaves, como si esperaran la pisada de algo cuidando no lastimarlas...

Así nació el Pacará, que da flores color cielo y cuyo fruto reproduce la forma de la oreja de su genitor, el fuerte, el ya eterno indio enamorado de la frágil y esquiva Tacuaree.

excepcionales
receptores a transistores



PORTATIL

onda corta (mundial)

onda larga

- 7 Transistores
- 2 diodos
- pilas comunes



DE MESA
con banda
ensanchada
en onda corta

RADIOS **iung**



escribe
**JOSE
RAMON
LUNA**



LA FIDELIDAD DE BIGUA

ERA famosa, Miriñay arriba y Miriñay abajo, desde esos lugares mágicos donde nace el río, por el que parece sangrar sus misterios la laguna Iberá, hasta donde desemboca, sobre una curva donosa del río Uruguay, el amor que unía al fuerte Mbiguá y a su mujer, la hermosa Yeruti. Él, se llamaba Mbiguá, porque era ágil como la flecha que le da nombre. Ágil, tanto en lo físico, como en su pensamiento... Alto, musculoso, su andar era ágil como el de la corzuela y silencioso como el del yagareté.

Vivía para Yeruti. Las mejores frutas del monte, cuidadosamente colocadas en cestas de mimbre sobre un colchón de hojas frescas, eran para ella.

Su flecha buscaba los mejores animales. Conocía los recodos del Miriñay donde estaba la mejor pesca. Labraba la madera de sus montes para agradar su casa. Y los pájaros cantores decoraban el aire junto al hogar de Mbiguá y Yeruti.

Ella, Yeruti, tenía ese nombre por su parecido con la tórtola. Como ella, era suave y como ella, un permanente manantial de ternura.

Era morenita, delgada, con unos ojos en que según

las horas del día se copiaba en ellos, mejorándolos, el color de la selva, del cielo o del río. Sobre todo, del río que transitaba lento y profundo, a veces entre barrancos, a trechos como culebreando en los pastizales. Pero siempre iluminado por el verde vegetal y el milagro azul y eterno del cielo.

Las manos de Yeruti, eran largas, finas y suaves. Parecían las alas mismas de la tórtola. Su voz alumbraba de música el aire que rodeaba el hogar. Cuando Yeruti cantaba, callaban los pájaros. Y se cuenta que más de una vez el yagareté frenó sus impulsos asesinos, sólo al escuchar la voz de Yeruti.

Pero, cerca de la casa de Mbiguá y Yeruti vivía un jefe de tribu rival de la tribu de Mbiguá. Se llamaba Capiberá. Estaba secretamente enamorado de Yeruti, desde que era pequeña. Nunca había podido acercarse a ella, porque siendo de tribu rival, le estaba prohibido por las disposiciones paternas.

Muerto el padre de Capiberá, quedaba éste libre de elegir esposa. Cuando se dirigió a Yeruti, ésta ya se encontraba unida a Mbiguá, por la ley indisoluble del amor.

Pasaron meses y anduvieron años. Hasta que Ca-

piberá, envenenado por la soledad y acosado por la pasión que le impedía pensar en otra cosa que en Yeruti, resolvió raptarla.

Aguardó la ocasión en que Mbiguá se alejó de la casa, selva adentro.

Llevaba muchas flechas y su bolso de fibra lleno de provisiones. Señal que pensaba estar alejado muchos días. Al anochecer del día de la partida, Capiberá se acercó a la casa de Mbiguá. A su llamado apareció Yeruti, a quien dijo:

—¡Oh, Yeruti!..., vengo a traerte malas nuevas...

—¿Malas nuevas?... ¿Acaso algo ha pasado a Mbiguá?

—Pensaba ir a la selva... pero cambié de propósito y fue hasta el río... Llegó hasta la orilla, y allí está, tirado, como si estuviera muerto...

La mentira surtió efecto. Capiberá llevó a Yeruti hasta la orilla del Miriñay. Una vez allí, le fue fácil desmayarla de un golpe. Luego la puso en su canoa, amarrándola fuertemente y se fue río abajo.

Lo que pasó entre ambos, nadie llegó a saberlo. Quizá la muerte impuso silencio a ese amor maklito de Capiberá. Y salvó también, a costa del silencio eterno, el amor de Yeruti.

Al cabo de varios días, Mbiguá regresa a su casa. Llama desde lejos a Yeruti, con el son de su flauta para avisarle de su vuelta.

Pero hay un silencio torvo en torno de la casa. Los pájaros están silenciosos. La brisa no juega con los ramajes. Las flores están mustias y es como si el espíritu de las sombras inundara los rincones.

Llamó varias veces. Corrió por las cercanías, llamando a voces a Yeruti. Fue hasta la laguna Iberá. El aire se estremecía con sus gritos. Nadie le respondía. Volvió al anochecer, a la casa, que estaba silenciosa y lúgubres, como si toda ella, sus paredes, su techo, sus plantas, se hallaran a punto de llorar.

Corre hasta la orilla del río. Y allí, los rastros en la tierra, húmeda, que los conservaba, le dieron el secreto de todo.

Le habían robado a su mujer. Siguió llamándola, desde la costa. Iba y volvía, hasta que empezó a hacerse noche. Subió al árbol más alto de la costa para tratar de encontrarla, con las últimas luces de la tarde.

El río continuaba corriendo, manso, hondo, pesado, silencioso.

Mbiguá, ronco de gritar, sintió que su cuerpo se endurecía a tiempo que se achicaba. Los ojos se le ponían redondos y rojizos. De pronto, desde el árbol, se lanzó al vacío. Y como una flecha, voló sobre las aguas, en círculos cada vez más grandes, en busca de su amada.

Desde el otro día, un pájaro negro vivió sobre las aguas, volando siempre y asentándose a ratos sobre ellas. Es Mbiguá o Biguá, que desde entonces sobrevuela incansable, las aguas que guardan el misterio de Yeruti, gritándole desde arriba su fidelidad y su dolor.

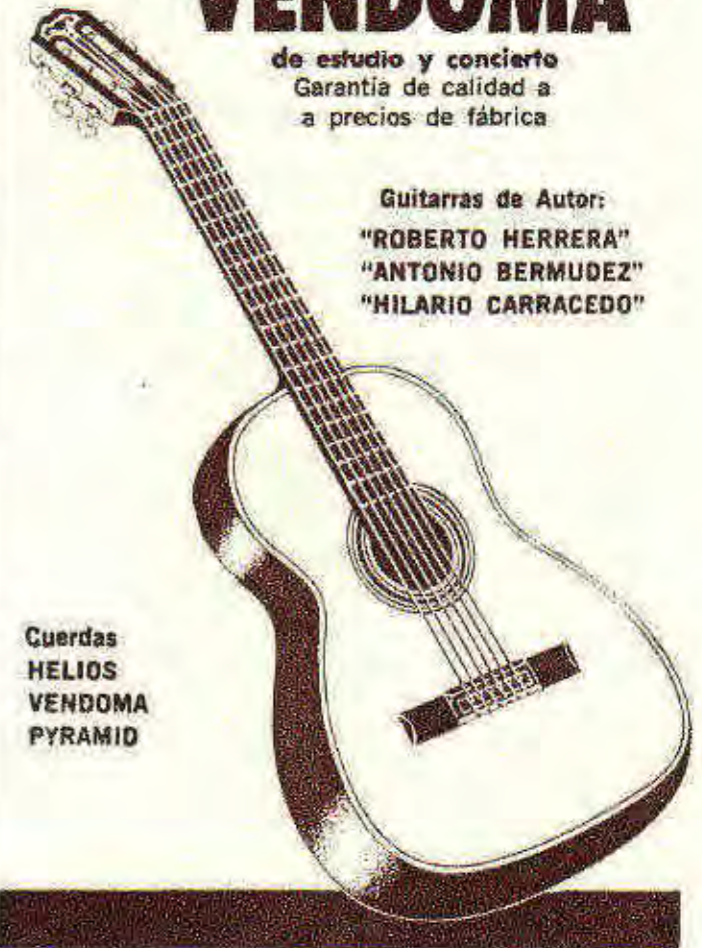
IDEAS

LAS GUITARRAS...

...no pueden fabricarse en serie, en grandes cantidades. Una buena guitarra está hecha totalmente a mano, por artesanos que son verdaderos artistas. Así puede asegurarse la transmisión fiel de las virtudes de sus ejecutantes.

Y así se fabrican las GUITARRAS "VENDOMA"

de estudio y concierto
Garantía de calidad a
a precios de fábrica



Guitarras de Autor:
"ROBERTO HERRERA"
"ANTONIO BERMUDEZ"
"HILARIO CARRACEDO"

Cuerdas
HELIOS
VENDOMA
PYRAMID

OFERTA ESPECIAL

Guitarra "VENDOMA ESTUDIO"

Prolijamente terminada
clavijero mecánico de
gran sonoridad ideal
para conservatorio.

\$ 2.500.- y \$ 2.950.-

• TROMPETAS
• ALEMANAS
• MARACAS
• CONTRABAJOS
• SAXOFONES
• BATERIAS

y toda clase
de instrumentos
musicales.

ANTIGUA CASA DE MUSICA
GINO DEL CONTE
PARAGUAY 1486

GANARA MUCHO

Adquiriendo el más lujoso, valioso y completo LIBRO SOCIAL TITULADO: "GAETA presenta..."

EL ARTE DE ENAMORAR PARA LA MUJER Y EL HOMBRE



Con enseñanzas y consejos para actuar en sociedad. Piropos y declaraciones amorosas en la calle, bailes, cines, fiestas, etc., cómo hablar, vestir, caminar, comer y ser el más sobresaliente en todas partes. Innumerables y completas instrucciones para pedidos de mano, noviazgos, despedidas de solteras y solteros, con discursos en serio y en broma.

Entrega de anillos, casamientos, entrada y salida de iglesia. Regalos, versos y juegos inéditos para salones. Cartas amorosas y sus respuestas. Cómo se preparan las mesas y sirven comidas. Uso de los cubiertos, té, lunch, etcétera.

Primero y único manual en el mundo. NUEVA EDICION. Ahora más moderno, más grande, más lujoso más interesante; en un solo volumen con más de 560 páginas, en colores y del más fino papel simul ilustración, y cuyo precio es de sólo NOVECIENTOS CINCUENTA PESOS EL EJEMPLAR.

Con sensacionales revelaciones para conquistar al hombre o a la mujer. VALIOSOS CONSEJOS PARA LOS TIMIDOS E INSEGUROS, y amplias referencias para obtener la armonía y felicidad eterna de los novios y casados. Estas y mil cosas más encontrará en esta insuperable obra.

PÍDALO HOY MISMO REMITIENDO UN GIRO POSTAL, Y A VUELTA DE CORREO... POR CERTIFICADO, RECIBIRÁ SECRETAMENTE este incomparable libro, útil y necesario para que nadie pueda igualar a ella o a él en sus conquistas e inigualable y en tu distinción. ESCRIBA AL PROFESOR:

DOMINGO GAETA Av. CALLAO 660
BUENOS AIRES
AL HACER SU PEDIDO MENCIONE ESTA REVISTA

APRENDA A BAILAR POR CORREO

o PERSONALMENTE

- 1: TANGO DE SALON.
- 2: TANGO FANTASIA. - 3: PASO DOBLE
- 4: CORRIDO. - 5: MILONGA. - 6: FOXTROT.
- 7: SWING. - 8: VALS. - 9: RANCHERA.
- 10: RUMBA. - 11: BOLERO.
- 12: CONGA. - 13: BUGUI BUGUI.
- 14: SAMBA BRASILEÑA.
- 15: MARCHINHA BRASILEÑA.
- 16: ZAPATEO AMERICANO Y PODRA OBTENER SU DIPLOMA.

El Estudio GAETA es el mayor y más lujoso de Sudamérica y está instalado en pleno centro y en su lujoso y propio edificio de cinco pisos, donde se enseña, además de todos los bailes de Salón, Clásicos, Españoles, Castañuelas, Internacionales, Zapateo americano, etc. EN POCOS DIAS PUEDE UD. APRENDER A BAILAR EN SU MISMA CASA, en horas libres, sin que nadie se entere, sin música, sin compañera o compañero, con muy poco gasto, con el tratado teórico práctico creado por el Profesor diplomado "GAETA", el único nombrado por la Intendencia y el más prestigioso profesor argentino.

SEÑORITA O CABALLERO, desde los 8 a los 65 años: con sólo enviar CIEN PESOS en Giro Postal y carta certificada, recibirá, a vuelta de correo, en su casa y en cualquier país, en sobre cerrado y sin membrete, prospectos completos y LECCION de estos bailes, bien ilustrados, con lujosos salones, dibujos de los pasos, parejas y figuras más modernas. Además de consejos y enseñanzas para actuar y sobresalir en sociedad, bailes, etc.

SOLICITE HOY MISMO ESTE METODO, ESCRIBIENDO AL SEÑOR:

DOMINGO GAETA Av. CALLAO 660
BUENOS AIRES
AL HACER SU PEDIDO MENCIONE ESTA REVISTA

Cosas de la tierra INDIA

MAYU - MAMA, LA SIRENA

O NDULANTE, hermosísima y perversa, es la Mayu-Mama o Mayup-maman o Mayuj-mama, deidad mediterránea que vive junto a los ríos caudalosos del continente americano.

En el noroeste argentino se le llama de las diferentes maneras expresadas más arriba. Mayu-Mamá quiere decir Madre del Río. Es no solamente su creadora sino que también su guardadora y la que debe invocar al Mayu Untachej, el pájaro misterioso, que nace de las nubes y cuyo canto junto a los sauces resacos suele anunciar crecientes.

Nadie puede alabarse de haber visto a la MayuMamá. Porque quien la vio o la oyó ha sido irremediablemente su víctima, ya desbarrancado por las quebradas hondas que dan al curso de agua que bravea entre las piedras. O ha sido arrastrado por un golpe de creciente o sumido en esos remansos traidores que son como tirabuzones de agua metiéndose en la tierra.

Dicen algunos que la Mayu-Mamá es una muchacha desnuda, de cabellera suelta que se pasca junto a los ríos, entrando en el agua o saltando por entre las piedras. Su piel es brillante, porque está húmeda de agua. Su cuerpo ágil cimbreo y ondula a veces como un mimbre, a veces como una culebra.

Quienes creen saber a fondo la verdad, aseguran que a veces se la encuentra tendida junto al sauce, como dormitando. Y a medida que oye pasos o percibe la cercanía de un extraño, se arrastra dulcemente hasta ocultarse tras una roca.

Si el audaz que la persigue llega junto a ella, lo último que ve son las gotas de agua cubriendo su cuerpo. Y en seguida las ve como si se cuajaran de golpe, se convierten en escamas, el cuerpo de la muchacha lanza reflejos de oro y de plata y se alarga, se alarga hasta envolver al intruso hasta asfixiarlo y echarlo después al torrente.

Otros aseguran que la Mayu-Mamá atrae a los caminantes cantando. De la misma manera que las sirenas homéricas atraían a los navegantes en alta mar.

La Mayu-Mamá, canta oculta en la hojaresca de los anoches o tras las peñas del abra o también asomando



escribe
**JOSE
RAMON
LUNA**

LA SIRENA

apenas la cabeza sobre la superficie de un remanso.

Al cantar parece que se acentuaran más los aromas de la menta, que agacha sus cogollos en la orilla; de la salvia que, un poco más lejos, emerge con su tallo fibroso por entre la juntura de dos piedras; del poleo, que más arriba se ufana en alzarse y en seguir viviendo sobre suelo seco.

La voz de la Mayu-Mamá hace que las hierbas parezcan más olorosas y el agua del arroyo se convierta en arpa que la acompaña con servil armonía.

El hombre que escucha la voz, acerca a ella su galope. O su voz.

Si tiene el claro privilegio de gozar con la vista de su hermosura alcanzará también el privilegio fatal de morir ahí mismo, desapareciendo hasta su cuerpo, como si se disolviera en los aromas de la tarde.

Para nuestra gente del noroeste, la Madre del Río tiene forma de mujer, que se transforma en serpiente a medida que se le acercan.

Serpiente, color de agua porque de gotas de agua están hechas las escamas que la cubren. Serpiente con andar de agua, porque su marcha es suave, sinuosa, ondulante como el andar cadencioso de las aguas del arroyo. Y su voz es también como la voz del agua, diáfana y musical, que imanta los espíritus llevándolos a seguirla o a escucharla en silencio arrobado.

En Guatemala, a nuestra Mayu-Mamá se la llama Ciguanaba. Y suele aparecerse no solamente en los ríos, sino también junto a las fuentes públicas. La Ciguanaba es hermosísima, tiene larga cabellera que cae sobre sus espaldas como una cascada. Lo mismo que nuestra deidad quichua, la deidad maya atrae a los hombres y los hace perecer en el fondo de las aguas o despeñándolos por los abismos.

Pero, a diferencia de la nuestra, la Ciguanaba o Ciguanaba anda sus noches llorando junto a los ríos o las fuentes. El llanto de la mujer, o la canción, ejercen sobre el hombre un llamado a lo profundo de sus sentimientos. Y en estas deidades hermosas y maléficas, canción o llanto son las armas que usa para sus males.

IDEAS

LAS GUITARRAS...

...no pueden fabricarse en serie, en grandes cantidades. Una buena guitarra está hecha totalmente a mano, por artesanos que son verdaderos artistas. Así puede asegurarse la transmisión fiel de las virtudes de sus ejecutantes.

Y así se fabrican las

GUITARRAS "VENDOMA"

de estudio y concierto
Garantía de calidad a
a precios de fábrica



Guitarras de Autor:
"ROBERTO HERRERA"
"ANTONIO BERMUDEZ"
"HILARIO CARRACEDO"

Cuerdas
HELIOS
VENDOMA
PYRAMID

OFERTA ESPECIAL

Guitarra "VENDOMA ESTUDIO"

Proligamente terminada
clavijero mecánico de
gran sonoridad ideal
para conservatorio.

\$ 2.500.- y \$ 2.950.-

• TROMPETAS
ALEMANAS
• MARACAS
• CONTRABAJO
• SAXOFONES
• BATERIAS

y toda clase
de instrumentos
musicales.

ANTIGUA CASA DE MUSICA
GINO DEL CONTE
PARAGUAY 1486

GANARA MUCHO

Adquiriendo el más valioso y completo LIBRO SOCIAL TITULADO "GAETA" por \$1000.

EL ARTE DE ENAMORAR PARA LA MUJER Y EL HOMBRE



Con enseñanzas y consejos para actuar en sociedad. Píropos y declaraciones amorosas en la calle, bailes, cines, fiestas, etc., cómo hablar, vestir, caminar, contertulio y ser el más sobresaliente en todas partes. Innumerables y completas instrucciones para pedidos de mano, noviazgos, despedidas de solteras y solteros, con discursos en serio y en broma. Entrega de anillos, casamientos, entrada y salida de iglesia. Regalos, versos y juegos inéditos para salones. Cartas amorosas y sus respuestas. Cómo se preparan las mesas y sirven comidas. Uso de los cubiertos de lunch, etcétera.

Primero y único manual en el mundo. NUEVA EDICION. Ahora más moderno, más grande, más ligero más interesante en un solo volumen con más de 500 páginas, en colores y del más fino papel sin contracción, y cuyo precio es de sólo NOVECIENTOS CINCUENTA PESOS EL EJEMPLAR.

Con sensacionales revelaciones para conquistar al hombre o a la mujer. VALIDOS CONSEJOS PARA LOS TIMIDOS E INSEGUROS, y amplias referencias para obtener la armonía y felicidad eterna de los novios y casados. Estas y mil cosas más encontrará en esta insuperable obra.

PÍDALO HOY MISMO REMITIENDO UN GIRO POSTAL, Y A VUELTA DE CORREO POR CERTIFICADO, RECIBIRÁ SECRETAMENTE este incomparable libro, útil y necesario para que nadie pueda ganarle a ella o a él en sus conquistas e igualables y de distinción. ESCRIBA AL PROFESOR:

DOMINGO GAETA Av. CALLAO 660 BUENOS AIRES
AL HACER SU PEDIDO MENCIONE ESTA REVISTA

APRENDA A BAILAR POR CORREO

PERSONALMENTE

1. TANGÓ DE SALÓN.
2. TANGÓ FANTASÍA. - 3. PASO DOBLE
4. CORRIDO. - 5. MILONGA. - 6. FOX TROT.
7. SWING. - 8. VALS. - 9. RANCHERA
10. KUMBA. - 11. BOLERO.
12. CONGA. - 13. BUGUI BUGUI.
14. SAMBA BRASILEÑA.
15. MARCHINHA BRASILEÑA.
16. ZAPATEO AMERICANO Y PODRÁ OBTENER SU DIPLOMA.

El Estudio GAETA es el mayor y más lujoso de Sudamérica y está instalado en pleno centro y en su lujoso y propio edificio de cinco pisos, donde se enseñan además de todos los bailes de Salón, Clásicos, Españoles, Castañuelas, Internacionales, Zapateo americano, etc. EN POCOS DIAS PUEDE UD. APRENDER A BAILAR EN SU MISMA CASA, en horas libres, sin que nadie se entere, sin música, sin compañera y con muy poco gasto, con el tratado teórico práctico creado por el Profesor diplomado "GAETA" el único autorizado por la Intendencia y el más prestigioso profesor argentino.

SEÑORITA O CABALLERO, desde los 8 a los 45 años, con sólo enviar CIEN PESOS en Giro Postal y carta certificada, recibirá, a vuelta de correo, en su casa y en cualquier país, en sobre cerrado y sin membrete, prospectos completos y LECCION de estos bailes, bien ilustrados, con lujosos salones, dibujos de los pasos, parejas y figuras más modernas. Además de consejos y enseñanzas para actuar y sobresalir en sociedad, bailes, etc.

SOLICITE HOY MISMO ESTE METODO, ESCRIBIENDO AL SEÑOR:

DOMINGO GAETA Av. CALLAO 660 BUENOS AIRES
AL HACER SU PEDIDO MENCIONE ESTA REVISTA

Cosas de la tierra INDIA

LA TELESITA

Telesita Castillo, se llamaba. Ha nacido en Toluca, alrededor a los pagos de Salavina. Así dicen. Pero ella jamás habló de sí misma. No le preocupaba otra cosa en sus andares que el rumor de la música. Señal que junto a la música estaba la fiesta.

Telesita, a la que le gustaba más ser nombrada Telesita, porque en el diminutivo está encerrada toda la ternura de ese pueblo, se allegaba a cualquier rancho donde hubiera fiesta. Su llegada convertía a la fiesta en Fiesta con mayúscula. Telesita bailaba, reía, cantaba y bebía a la par de los mejores.

Nadie como ella para dar a la zamba su picardía femenina, su gusto a la vez picante y recatado, que la convierte en la más delicada batalla del amor.

Nadie como Telesita para echar al cuerpo reiterados obligos de vino o de aguaciliente con poleo —su bebida predilecta— sin acusar los efectos del alcohol.

Pero nadie como ella, también, para sentir donde un ser estaba sufriendo, para llevarle su palabra amiga, su sonrisa de consuelo, y no retirarse hasta que el rostro del apenado sonreía también entre su llanto. Que era como el sol tras de la lluvia.

Cuentan además los que conocen la leyenda porque siguen viviéndola, que la Telesita llegaba rienda, cantando y bailando, para mezclarse a los que lloraban vidalías, cantaban y bailaban, para mezclarse con ellos y emparejar el tono de la fiesta. Pero que se iba silenciosamente, como si se disolviera en las primeras luces del alba, cuando los violines criollos —herencia de San Francisco Solano— languidecen y se transforman en luz pálida, en fugitivos tímpanos que retornan a su país de sedas y cristal.

Nadie sabía de dónde llegaba ni tampoco adónde iba al alejarse y disolverse en el aire, como si fuera una hermana gemela de la bruma.

Una noche que andaba por el monte, oyó rumor de fiesta hacia el poniente. Conocía todo el territorio y sabía que allí estaba el rancho de los Zabala, un matrimonio de chacareros, padres de tres criaturas, la menor de ellas, Alicia, de tres años, su preferida.



Escribe
JOSE RAMON LUNA

Y alta fue la Telesita, para entrar en el baile como un torrente de alegría. El vino fue más vino, la zamba más zamba y las chacareras escobillaron el patio de los Zabala mientras florecían en el aire de fuego, las risas y los bandos de la Telesita.

Los dueños de casa habían acostado a la más diligente Alicia. Y encendieron una vela en su pieza, para evitarle tener miedo a la noche.

La vela ardeó un tantito de fuego como estaba ardiendo el baile. Solo que, a punto de extinguirse, la llama se propagó al techo de cartón y de éste a la estera y de allí a la quincha. Con tanta fiebre, que en pocos segundos, el rancho era una sola llamarada que agitó sus banderas trágicas sobre el campo.

La Telesita se acordó de Alicia. Y sin vacilar, como otra llama viva entró en el corazón del fuego, llamando a gritos a la pequeña amigueta.

Los asistentes, agotados los esfuerzos para apagar el fuego, fueron empavorecidos espectadores del drama que además de llevarse para siempre a Alicia en sus alas de fuego, había muerto también a la Telesita.

Al día siguiente, con las primeras luces del alba, hora en que la Telesita solía desaparecer de la fiesta, la buscaron entre los calcinados escombros. Todo era ceniza. Y de ella sólo quedaba en el suelo, en el mismo lugar donde estaba la cama de la pequeña, un dije de plata del que jamás se desprendía la Telesita.

Ese dije de plata, deformado por el fuego, era el testimonio definitivo de que había callado para siempre la alegría de los campos santiagueños. Y de que en los bailes del futuro iba a haber siempre, en medio de la alegría, un minuto de tristeza. Cuando pasara por la fiesta, como una sombra, el recuerdo de la Telesita...

Hoy, la Telesita amblota en luz o en sombra por los caminos de Santiago. Hace hallar las cosas perdidas. Hace regresar a los ausentes. Y cuando concede la gracia, el promesante ha de ofrecerle un hallazgo presidiado por varias velas encendidas en torno a una muñeca de trapo acostada sobre una mesa.

LAS GUITARRAS...

...no pueden fabricarse en serie, en grandes cantidades. Una buena guitarra está hecha totalmente a mano, por artesanos que son verdaderos artistas. Así puede asegurarse la transmisión fiel de las virtudes de sus ejecutantes.

Y así se fabrican las GUITARRAS "VENDOMA"

de estudio y concierto
Garantía de calidad a
a precios de fábrica



Guitarras de Autor:
"ROBERTO HERRERA"
"ANTONIO BERMUDEZ"
"HILARIO CARRACEDO"

Cuerdas
HELIOS
VENDOMA
PYRAMID

OFERTA ESPECIAL

Guitarra "VENDOMA ESTUDIO"

Proligamente terminada
clavijero mecánico de
gran sonoridad ideal
para conservatorio.

\$ 2.500.- y \$ 2.950.-

- TROMPETAS
- ALEMANAS
- MARACAS
- CONTRABAJOS
- SAXOFONES
- BATERIAS

y toda clase
de instrumentos
musicales.

ANTIGUA CASA DE MUSICA
GINO DEL CONTE
PARAGUAY 1486

GANARA MUCHO

Adquiriendo el más lujoso, valioso y completo LIBRO SOCIAL TITULADO: "GAETA presenta"

EL ARTE DE ENAMORAR

PARA LA MUJER Y EL HOMBRE



Con enseñanzas y consejos para actuar en sociedad. Pirópos y declaraciones amorosas en la calle, bailes, cines, fiestas, etc. cómo hablar, vestir, caminar, comer y ser el más sobresaliente en todas partes. Innumerables y completas instrucciones para pedidos de mano, noviazgos, despedidas de solteras y solteros, con discursos en serio y en broma. Entrega de anillos, casamientos, entrada y salida de iglesia. Regalos, versos y juegos inéditos para salones. Cartas amorosas y sus respuestas. Cómo se preparan las mesas y sirven comidas. Uso de los cubiertos de lanch, etcétera.

Primero y único manual en el mundo. NUEVA EDICION. Ahora más moderno, más grande, más lujoso más interesante: en un solo volumen con más de 500 páginas, en colores y del más fino papel simul. Ilustración y cuyo precio es de sólo NOVECIENTOS CINCUENTA PESOS EL EJEMPLAR.

Con sensacionales revelaciones para conquistar al hombre o a la mujer. VALIOSOS CONSEJOS PARA LOS TIMIDOS E INSEGUROS, y amplias referencias para obtener la armonía y felicidad eterna de los novios y casados. Estas y mil cosas más encontrará en esta insuperable obra.

PÍDALO HOY MISMO REMITIENDO UN GIRO POSTAL, Y A VUELTA DE CORREO... POR CERTIFICADO, RECIBIRA SECRETAMENTE esta incomparable obra. Libro, útil y necesario para que nadie pueda igualar a ella o a él en sus conquistas e inalzables y en tu distinción. ESCRIBA AL PROFESOR:

DOMINGO GAETA Av. CALLAO 660
BUENOS AIRES
AL HACER SU PEDIDO MENCIONE ESTA REVISTA

APRENDA A BAILAR POR CORREO

PERSONALMENTE

- 1: TANGO DE SALON.
- 2: TANGO FANTASIA. - 3: PASO DOBLE
- 4: CORRIDO. - 5: MILONGA. - 6: FONROT.
- 7: SWING. - 8: VALS. - 9: RANCHERA.
- 10: RUMBA. - 11: BOLERO.
- 12: CONGA. - 13: BUGUI BUGUI.
- 14: SAMBA BRASILEÑA.
- 15: MARCHINHA BRASILEÑA.
- 16: ZAPATEO AMERICANO Y PODRA OBTENER SU DIPLOMA.

El Estudio GAETA es el mayor y más lujoso de Sudamérica y está instalado en pleno centro y en su lujoso y propio edificio de cinco pisos, donde se enseña, además de todos los bailes de Salón, Clásicos, Españoles, Castañuelas, Internacionales, Zapateo americano, etc. EN POCOS DIAS PUEDE UD. APRENDER A BAILAR EN SU MISMA CASA, en horas libres, sin que nadie se entere, sin música, sin compañera o compañero, con muy poco gasto, con el tratado teórico-práctico creado por el Profesor diplomado "GAETA", el único nombrado por la Intendencia y el más prestigioso profesor argentino.

SEÑORITA O CABALLERO, desde los 8 a los 63 años; con sólo enviar CIENTO PESOS en Giro Postal y carta certificada, recibirá, a vuelta de correo, en su casa y en cualquier país, en sobre cerrado y sin membrete, prospectos completos y LECCION de estos bailes, bien ilustrados, con lujosos salones, dibujos de los pasos, parejas y figuras más modernas. Además de consejos y enseñanzas para actuar y sobresalir en sociedad, bailes, etc.

SOLICITE HOY MISMO ESTE METODO, ESCRIBIENDO AL SEÑOR:

DOMINGO GAETA Av. CALLAO 660
BUENOS AIRES
AL HACER SU PEDIDO MENCIONE ESTA REVISTA

Cosas de la tierra INDIA

CHIQUI, EL DUENDE MALVADO

La siesta, en las provincias del noroeste, es una institución. Para los grandes, naturalmente, que la dedican a descabezar un sueño. Encuentran en la siesta descanso reparador, paréntesis de relajamiento en el trajinar cotidiano.

Pero para nosotros, los niños, la siesta era todo lo contrario: era la hora de andar por las quintas, por el campo, por el cerro, honda en mano, en busca de pájaros, cuises, chelcos o largatijas. Pues para nosotros en la edad de las primeras aventuras, cualquier bicho era bueno para blanco del hondazo.

Aquella siesta de verano era convidadora. El sol caía sobre los higuerales de Chacabuco, en Valle Viejo de Catamarca, como una pesada mano de fuego. Las plantas achaparraban y el aire estaba desierto de vida. Ni los pájaros ni insectos lo poblaban.

Sólo nosotros, Jesús, Saturnino y yo, estábamos despiertos en casa. Tata Dionisio, el abuelo, dormitaba en el corredor. Mamá Mica, la abuela, en el zaguán. Y mamá Delmira, lo hacía en su hamaca de mimbre, colocada en una punta de la galería.

Cuando ellos dormitaban su jocunda siesta, nosotros nos prometíamos una correría hasta el río del valle que pasaba por los fondos de la quinta y desde el cual nos llegaban las vaharadas de olor húmedo que producían los últimos hilos de la creciente del día anterior que había pasado quebrando los sunchos de la orilla.

Ya salíamos los tres en fila, cuando nos frenó de golpe la voz de mamá Delmira:

—¿Dónde van?... Es la hora del duende. A la siesta anda el Chiqui...

Primera vez que oíamos darle nombre al duende. Siempre se nos había hablado del duende, especie de auxiliar o más bien peón del diablo. Pero ahora el duende adquiría una personalidad extraña, más fuerte y decisiva. Se llamaba Chiqui, Tenía, pues, un nombre.

Se nos fue de golpe las ganas de aventura. Y los



Escribe

JOSE RAMON LUNA

tres nos alegamos hasta la hamaca de mimbre, para preguntar más acerca de la identidad del personaje. La mamá Delmira se avino a perder la siesta con tal de entretenernos a su lado. Y comenzó:

El Chiqui, es el duende jefe de duendes. Es el más malo de todos. Aunque, como buen duende que es, tiene siempre en sus maldades un algo de travesura.

—¿Cómo es? ¿Lo ha visto alguien alguna vez?

—Sí. Lo han visto muchos. Sobre todo las muchachas, a las que él gusta aparecérselas para regalarles fruta o flores o pájaros vivos.

—¿Y a los muchachos no les regala nada?

—No. El Chiqui es malo con los muchachos que andan a la siesta por el monte. Tiene una mano de hierro y otra de lana. Con la de lana, lleva regalos a las muchachas. Con la de hierro, castiga a los muchachos.

—¿Cómo es, para dispararle si lo hallamos?

—Es chiquito. Usa sombrero grande, de alas muy anchas. Tiene en la cara siempre una sonrisita de picardía. Dicen que vino desde el Perú y anda ahora por las sierras de los calchaquíes, vigilando las siestas. Porque la siesta, es la hora en que descansa la gente y trabaja la tierra: madura la fruta, se abren las flores, germinan las semillas. El, es el dueño de todo. Le gusta beber. Y por eso, los indios, antes de sembrar y durante el florecimiento y la madurez del fruto, deben invocarle y pedirle su protección.

—¿Y si no lo hacen?

—Chiqui sabe cómo vengarse de quienes lo olvidan. Es el que tiene atado al viento y lo suelta. Tiene en la mano los secretos del rayo y lo enciende. Illapa, el rayo cae sobre las tacus, los algarrobos y los destruye. Tiene las riendas del agua y las suelta o las sujeta, si quiere mandar inundaciones o declarar la sequía. Al invocar al Chiqui, hay que ofrecerle cabezas de ganado. Antes, dicen que le ofrendaban cabezas humanas. No creo que sea cierto, pero así dicen...

El Chiqui era el dador de la lluvia, que era lo que con más amor le pedían los indios...

Y aquella siesta, cuando terminó de hablar mamá Delmira, nos quedamos sin ir hasta el río, sin buscar nidos de tumuñucos en los sunchales, sin hondear pajaritos, sin perseguir lagartijas.

La sombra del Chiqui, "petiso como tapa e'pava", parecía estar disuelta y pronta a salirnos al camino desde la sombra riente de los naranjales o desde la sombra gris de las higueras.

IDEAS

LAS GUITARRAS...

...no pueden fabricarse en serie, en grandes cantidades. Una buena guitarra está hecha totalmente a mano, por artesanos que son verdaderos artistas. Así puede asegurarse la transmisión fiel de las virtudes de sus ejecutantes.

Y así se fabrican las GUITARRAS "VENDOMA"

de estudio y concierto
Garantía de calidad a
a precios de fábrica



Guitarras de Autor:
"ROBERTO HERRERA"
"ANTONIO BERMUDEZ"
"HILARIO CARRACEDO"

Cuerdas
HELIOS
VENDOMA
PYRAMID

OFERTA ESPECIAL

Guitarra "VENDOMA ESTUDIO"

Prolijamente terminada
clavijero mecánico de
gran sonoridad ideal
para conservatorio.

\$ 2.500.- y \$ 2.950.-

- TROMPETAS
- ALEMANAS
- MARACAS
- CONTRABAJOS
- SAXOFONES
- BATERIAS

y toda clase
de instrumentas
musicales.

ANTIGUA CASA DE MUSICA
GINO DEL CONTE
PARAGUAY 1486

GANARA MUCHO

Adquiriendo el más lujoso, valioso y completo LIBRO SOCIAL TITULADO: "GAETA" presental...

EL ARTE DE ENAMORAR

PARA LA MUJER Y EL HOMBRE



Con enseñanzas y consejos para actuar en sociedad. Piropos y declaraciones amorosas en la calle, bailes, cines, fiestas, etc., cómo hablar, vestir, caminar, comer y ser el más sobresaliente en todas partes. Innumerables y completas instrucciones para pedidos de mano, noviazgos, despedidas de solteras y solteros, con discursos en serio y en broma.

Entrega de anillos, casamientos, entrada y salida de iglesia. Regalos, versos y juegos inéditos para salones. Cartas amorosas y sus respuestas. Cómo se preparan las mesas y sirven comidas. Uso de los cubiertos, té, lunch, etcétera.

Primero y único manual en el mundo. NUEVA EDICION. Ahora más moderno, más grande, más lujoso más interesante; en un solo volumen con más de 500 páginas, en colores y del más fino papel, similitud ilustración, y cuyo precio es de sólo NOVECIENTOS CINCUENTA PESOS EL EJEMPLAR.

Con sensacionales revelaciones para conquistar al hombre o a la mujer. VALIOSOS CONSEJOS PARA LOS TIMIDOS E INSEGUROS, y amplias referencias para obtener la armonía y felicidad eterna de los novios y casados. Estas y mil cosas más encontrará en esta insuperable obra.

PÍDALO HOY MISMO REMITIENDO UN GIRO POSTAL, Y A VUELTA DE CORREO POR CERTIFICADO, RECIBIENDO SECRETAMENTE este incomparable libro, útil y necesario para que nadie pueda igualarlo a ella o a él en sus conquistas e insuperable y en su distinción. ESCRIBA AL PROFESOR:

DOMINGO GAETA Av. CALLAO 660
BUENOS AIRES
AL HACER SU PEDIDO MENCIONE ESTA REVISTA

APRENDA A BAILAR POR CORREO

o PERSONALMENTE

- 1: TANGO DE SALON.
- 2: TANGO FANTASIA. - 3: PASO DOBLE
- 4: CORRIDO. - 5: MILONGA. - 6: FOXTROT.
- 7: SWING. - 8: VALS. - 9: RANCHERA.
- 10: RUMBA. - 11: BOLERO.
- 12: CONGA. - 13: BUGUI BUGUI.
- 14: SAMBA BRASILEÑA.
- 15: MARCHINHA BRASILEÑA.
- 16: ZAPATEO AMERICANO Y PODRA OBTENER SU DIPLOMA.



El Estudio GAETA es el mayor y más lujoso de Sudamérica y está instalado en pleno centro y en su lujoso y propio edificio de cinco pisos, donde se enseña, además de todos los bailes de Salón, Clásicos, Españoles, Castañuelas, Internacionales, Zapateo americano, etc. EN POCOS DIAS PUEDE UD. APRENDER A BAILAR EN SU MISMA CASA, en horas libres, sin que nadie se entere, sin música, sin compañera o compañero, con muy poco gasto, con el tratado teórico práctico creado por el Profesor diplomado "GAETA", el único nombrado por la Intendencia y el más prestigioso profesor argentino.

SEÑORITA O CABALLERO, desde los 8 a los 85 años: con sólo enviar CIEN PESOS en Giro Postal y carta certificada, recibirá, a vuelta de correo, en su casa y en cualquier país, en sobre cerrado y sin membrete, prospectos completos y LECCION de estos bailes, bien ilustrados, con lujosos salones, dibujos de los pasos, parejas y figuras más modernas. Además de consejos y enseñanzas para actuar y sobresalir en sociedad, bailes, etc.

SOLICITE HOY MISMO ESTE METODO, ESCRIBIENDO AL SEÑOR:

DOMINGO GAETA Av. CALLAO 660
BUENOS AIRES
AL HACER SU PEDIDO MENCIONE ESTA REVISTA

Cosas de la tierra INDIA

TAMANDARE

Tupá, el Sumo Hacedor de los indios americanos en las zonas fluviales, tenía un cariño especial por Tamandare, mocetón fuerte y valiente que vivía en una choza de fibras en el Alto Paraná. Tamandare estaba casado con la muchacha más linda que se conociera en la selva. Estaba hecha de agua, de aire, de sol y tenía mucho de planta puesto que flores eran sus manos, su boca un húmedo terciopelo rojo que enseñaba al ceibal a florecer. Su tallo era de mimbre y las palmeras aprendían de ella su elegancia vertical.

Ella, cuyo nombre no ha trascendido en la mitología guaraní, tampoco necesitaba nombre. Le bastaba oírse llamar "Mía", cuando la nombraba su marido Tamandare.

El gran Tupá, en sus visitas a la tierra solía parar en la choza de Tamandare y se entretenía en darle consejos para ayudarlo en la lucha por la vida. Solía llegar cuando comenzaba la noche. La presencia de Tupá, alargaba el día, con la luz que irradiaba de sí. Permanecía con ellos toda la noche y cuando el alba comenzaba a abrir sus ventanas sobre el mundo, Tupá se disolvía en la luz de las auroras y su voz iba haciéndose murmullo a medida que los murmullos de la selva entraban en el aire.

Cuando Tupá se iba, —sin irse porque Tupá está en todas partes y en todos los momentos— la joven esposa de Tamandare se arrimaba a su marido y se acurrucaba a él. Y parecía entonces una liana recién nacida buscando apoyo en la fortaleza de un tallo vigoroso del monte guaraní.

Una vez, comenzó a llover. Llovía incesantemente. El agua desbordó de las lagunas y la tierra estaba convertida en un solo bramido de creciente.

Los ríos venían desde el norte atropellándose sus aguas coronadas de espuma barrosa. Gruesos troncos de árboles vencidos, iracundos peñascos, trozos vivos de selva como islas obstinándose en flotar, venían aguas abajo, pobadas de animales del monte. Eran pedazos de tierra erizados de garras, de colmillos, de gruñidos. Pero andando, un poco más al sur se tumbaban en el torbellino de las aguas enloquecidas y pasaban a ser nada más que cuerpos inertes sumados al furor de la naturaleza.



Escribe
JOSE RAMON LUNA

EL NOE GUARANI

El bramido torrencial había corrido hacia el sur y sólo llegaba desde allá un eco lejano. Luego, las aguas fueron subiendo, subiendo...

Tamandare, silencioso, sereno, tomó a su esposa por la cintura y trepó a una altísima palmera que se erguía en el solar de su propiedad.

La lluvia había terminado. Pero seguían subiendo las aguas, hijas de la creciente que venía ahora, silenciosa, pesada, como un mar de plomo, desde el norte.

Subía cada vez más. Desde la altura de su ubicación, Tamandare miraba en torno y sólo veía agua en todas direcciones. Los últimos montes altos estaban ya sumergidos.

Alguna que otra pareja de pájaros, boyaba en las maderas flotantes. Una pareja de pumas, engarfiada de garras sobre un árbol gruñía desolada, en un último intento de asustar al destino.

Las aguas iban dominando a la palmera, que ya se inclinaba peligrosamente. De pronto, un ruido como de desgarrar en la base y luego, tumbada definitivamente la palmera se sumerge con la carga de Tamandare y su esposa en las aguas.

Ella se apretó con fuerza a la cintura de su hombre y se sintió a su vez apretada por sus brazos fuertes. Cerró los ojos y se dejó llevar.

No supieron cuánto tiempo las aguas lo dominaron. Cuando se despertaron de aquel sueño que le pareció mortal, se hallaron en la palmera de su predio. Las aguas habían bajado y la choza estaba allí, cubierta de barro, pero respetada por la furia líquida.

Bajaron los dos, sin decirse palabra. Un silencio de muerte, era todo el mundo. Al caer la tarde, bajo un sol rojizo, un alto viento hacía parecer que las nubes huían despavoridas.

Cuando la noche iba bajando, apareció Tupá, silencioso, pero sonriente.

Y Tupá habló esa noche largamente a Tamandare y a su esposa. Y les dijo que iban a tener criaturas y que de ellos, descendería una raza nueva, fuerte y bella: la raza guaraní.

LAS GUITARRAS...

... no pueden fabricarse en serie, en grandes cantidades. Una buena guitarra está hecha totalmente a mano, por artesanos que son verdaderos artistas. Así puede asegurarse la transmisión fiel de las virtudes de sus ejecutantes.

Y así se fabrican las

GUITARRAS "VENDOMA"

de estudio y concierto
Garantía de calidad a
a precios de fábrica



Guitarras de Autor:
"ROBERTO HERRERA"
"ANTONIO BERMUDEZ"
"HILARIO CARRACEDO"

Cuerdas
HELIOS
VENDOMA
PYRAMIO

OFERTA ESPECIAL

Guitarra "VENDOMA ESTUDIO"

Proligamente terminada
clavijero mecánico de
gran sonoridad ideal
para conservatorio.

\$ 2.500.- y \$ 2.950.-

*TROMPETAS
*ALEMANAS
*MARACAS
*CONTEBAJOS
*SAXOFONES
*BATERIAS

y toda clase
de instrumentos
musicales.

ANTIGUA CASA DE MUSICA
GINO DEL CONTE
PARAGUAY 1486